

Tiempo de dudas

Tal sentimiento de desmoronamiento no existe en ninguna otra especialidad. No hay otra disciplina en la que se pueda hallar tantas figuras de primera fila (*leading figures*) expresando su consternación y desaliento ante la situación actual de su ámbito de investigación. Y la frecuencia de estas manifestaciones parece aumentar año tras año.

PETER NOVICK, *That Noble Dream. The «Objectivity» Question and the American Historical Profession*, 1988.

Es también el estatuto de la historia misma, en tanto que disciplina científica, lo que hoy está en juego.

JEAN BOUTIER y DOMINIQUE JULIA, *Passés recomposés*, 1995.

Desde hace una década, la «crisis de la historia» se ha convertido en tema privilegiado de las discusiones entre los historiadores que reflexionan sobre el estado actual y el porvenir de su disciplina. Antes de entrar en el examen detallado de los argumentos que se aducen para ilustrar esta constatación de «crisis», hay que empezar por subrayar que al respecto no hay unanimidad. De los resultados del Seminario internacional sobre la historia organizado por la UNESCO en 1986, François Bedarida concluye que en la mayoría de los países

del mundo, e pesar del problema que plantea la disminución de la contratación en las universidades, la situación de la historia es bastante buena. Desde los años 60, la profesionalización de la disciplina ha dado un considerable salto hacia delante, lo que se ha traducido en la multiplicación de puestos e instituciones de investigación. De este modo ha podido desarrollarse un gran número de nuevos campos de estudio. En los países en los que la historia todavía es una ciencia joven, se han hecho progresos decisivos en la elaboración de instrumentos de trabajo (sobre todo en la archivística). Beneficiándose «de una evidente desatención hacia ciertas ciencias sociales que habían tenido primacía durante el período de crecimiento, entre 1950 y 1970», la historia, y sobre todo la historia contemporánea, provoca desde entonces un verdadero entusiasmo entre el público, que se refleja en el dinamismo de la edición histórica, en la creciente demanda proveniente de los museos, de la docencia y del medio audiovisual. Otros historiadores han aceptado con escepticismo el diagnóstico de «crisis de la historia», relativizando o subrayando que no se apoya en prueba alguna nada de antemano por el hecho de que no existe ningún criterio objetivo para medir tal «crisis», puesto que quienes participan en la discusión son generalmente jueces y parte. Basta un simple examen de los análisis existentes para comprender que los puntos de vista están fuertemente predefinidos por la posición que unos y otros ocupan en la disciplina y más generalmente en el ámbito intelectual. Cuando un filósofo o un sociólogo hacen referencia al estado de salud de la historia, sus argumentos no pueden examinarse sin tener en cuenta la lucha de las disciplinas «heredadas» por la supremacía en la jerarquía de saberes. Asimismo, un historiador puede proclamar la «crisis» de su disciplina con el propósito de desacreditar a sus competidores o a sus predecesores (cuyos trabajos se juzga «superados», «clásicos»,

1: F. Bedarida, «Le métier d'historien aujourd'hui», en R. Rémond (dir.), *Ére historique anglaise*, Eres, 1968, págs. 283-290. Uno de los intereses de esta obra es que ofrece un panorama mundial de la investigación histórica, mientras que mayoritariamente las reflexiones sobre el tema se limitan a un solo país o al mundo «occidental».

2: Es el caso, por ejemplo, de J. W. Scott, «History in Crisis? The Others' Side of the Story», *American Historical Review*, 1989, 1, págs. 680-692, quien señala que los argumentos sobre la «crisis» proceden fundamentalmente de aquellos cuyas posiciones heremónicas se han visto desestabilizadas por la aparición de nuevas corrientes de investigación.

3: Cf., por ejemplo, R. Chartier, «Le monde comme représentation», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1989, págs. 1.505-1.520.

«tradicionales») y para hacer prevalecer sus propias investigaciones (pre-entendidas como «soluciones» a la «crisis»). En la actualidad, cualquier que sea el ámbito que se considere, lamentar o predecir «la crisis» se ha convertido en un paso obligado en toda discusión polémica, en un argumento central en las estrategias retóricas. A decir verdad, en ello no hay nada nuevo. Bajo formas diferentes, el tema de la «crisis de la historia» aparece como una constante desde hace casi dos siglos. En 1820, Augustin Thierry⁴ afirmaba que ya no era posible escribir la historia como se había hecho hasta entonces. En 1868, Renan plantea públicamente el problema del declive de la historiografía francesa⁵, y en el cambio de siglo, Reguy denuncia los callejones sin salida de la historia «positivista». Las mismas inquietudes, los mismos cuestionamientos se reiteran intermitentemente a lo largo del siglo XX. Nadie ha olvidado la famosa frase de Paul Valéry afirmando, a fines de los años 20, que «La historia es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado». En los años 50, Henri-Henri Marrou observa con amargura: «en historia, la pérdida de confianza es una de las manifestaciones de la crisis de la verdad». Poco tiempo después, la obra de este libro no pretende proponer un diagnóstico más sobre el estado de salud de la disciplina, sino más bien comprender las razones que hacen que un número cada vez mayor de historiadores hablen de «crisis», mientras que la historia jamás ha gozado de un prestigio tan grande como ahora, no solamente entre el gran público, sino también en el mundo intelectual (desde hace algunos años, la vuelta a la historia es una característica compartida por la mayoría de las ciencias sociales). Esta es la paradoja que, a mi juicio, constituye el aspecto más nuevo de la situación actual. Hasta ahora, en efecto, los discursos sobre la «crisis de la historia» provienen fundamentalmente de las disci-

⁴ Cf. su primera carta sobre la historia de Francia, aparecida en el *Courrier français*, reproducida en A. Thierry, *Dix ans d'études historiques*, Furne et Cie, 1851 (6.ª ed.), págs. 11 y ss.

⁵ Cf. E. Renan, *Questions contemporaines*, en *Oeuvres Complètes*, Calmann-Lévy, t. 1, 1947 (1.ª ed., 1868).

⁶ C. Réguy, «De la situation faite à l'histoire et à la sociologie dans les temps modernes», en *Oeuvres Complètes en prose*, Gallimard, 3 vols., 1988, t. 2, págs. 480-519 (1.ª ed., 1906), y «Langlois tel qu'on le parle», en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., 1992, t. 3, págs. 82-847 (1.ª ed., 1913).

⁷ P. Valéry, «De l'histoire», en *Regards sur le monde actuel et autres essais*, Gallimard, 1988, pág. 35 (1.ª ed., 1945).

⁸ H. I. Marrou, *De la connaissance historique*, Seuil, 1975, pág. 12 (1.ª ed., 1954).

(Trad. esp.: *El conocimiento histórico*, Barcelona, 1968.)

plinas que compitan con ella. Cuando los historiadores los asuman, reflejaban un sentimiento ampliamente extendido en la opinión pública (como inmediatamente después de las dos guerras mundiales, cuando la cuestión de la historia era ampliamente debatida). Para comprender las razones de esta inversión de perspectivas, en este capítulo examinaré los principales argumentos (de orden sociológico, institucional e intelectual) que hoy se aducen para demostrar la existencia de una «crisis de la historia»?

UNA «COMUNIDAD DESINTEGRADA»¹⁰

Una de las preocupaciones más recurrentes en los escritos actuales sobre el tema es el «desmigajamiento» de la historia. Al principio, en Francia esta evolución de la disciplina se entendió como una prueba de dinamismo¹¹, antes de que se la depiorara y considerara como una ilustración de la desintegración de la comunidad profesional de historiadores¹². En la voluminosa obra que ha dedicado a las transformaciones de la historiografía americana durante el último siglo, Peter Novick muestra que esta sensación de desintegración está también ampliamente extendida al otro lado del Atlántico. Según él, a partir de los años 80, un número cada vez mayor de historiadores han llegado a la conclusión de que «la historia no constituye ya una disciplina coherente; no sólo porque el todo sea inferior a la suma de las partes,

⁹ El análisis se refiere sobre todo a Francia (secundariamente a Estados Unidos) y confiere prioridad a la historia contemporánea, período que he tomado como objeto de mis investigaciones empíricas y que por tanto me es más familiar que los demás.

¹⁰ El término «comunidad» se toma aquí en un sentido amplio y «neutro». Designa el conjunto de individuos que realizan investigaciones históricas en el marco de su actividad profesional. En los capítulos siguientes veremos la definición más precisa que es posible dar de esta palabra.

¹¹ La prestigiosa colección lanzada por Pierre Nora a comienzos de los años 70, «La Bibliothèque des histoires», lleva toda ella el signo de esta diversificación. Una década después, la crítica de este desmigajamiento es el tema central del libro de F. Dossé, *L'histoire en mille*, La Découverte, 1987. (Trad. esp.: «La historia en migajas: de "Annales" a la "nueva historia"», Valencia, 1989.)

¹² En Francia, uno de los primeros gritos de alarma fue lanzado hace casi diez años por D. Roche, «Les historiens aujourd'hui. Remarques pour un débat», *Vingtième siècle*, 12, 1986, págs. 3-20. Las actuales preocupaciones de los historiadores sobre su disciplina han sido reunidas en el balance colectivo publicado recientemente por D. Julia y J. Bouvier (dirs.), *Passés recomposés*, Altemative, 1995. Puesto que apareció después de la redacción de este libro, no he podido tener en cuenta la obra de F. Bédarida (dir.), *L'histoire et le métier d'historien en France 1945-1995*, Maison des Sciences de l'Homme, 1995.

sino porque ya ni siquiera hay todo, sino solamente partes»¹³. Es posible agrupar los argumentos aducidos en favor de este diagnóstico en dos grandes grupos que examinaré sucesivamente: los que concierne primacia a las transformaciones «internas» de la profesión (consecuencia de las transformaciones radicales del mercado laboral universitario) y los que insisten más bien en los factores «externos» (apertura de la historia al mundo exterior).

Las fluctuaciones del mercado laboral universitario y sus consecuencias sobre la profesión de historiador

Desde los años 50, las variaciones de la coyuntura económica han desempeñado un papel esencial en las fluctuaciones del mercado laboral universitario. Tras una fase de expansión del personal sin precedentes, que se extiende desde los años 50 hasta los años 70, sobrevinieron un período de recesión, que se prolonga asimismo durante unos veinte años, y que a su vez es relevado a comienzos de los 90 por una tendencia a la recuperación de la contratación. Cada uno de estos ciclos ha provocado una «crisis» de la disciplina cuyos efectos parecen acumularse hoy.

Una «crisis de sucesión»

En las décadas que siguen a la Segunda Guerra Mundial, el *boom* de la economía mundial y la democratización de la sociedad conllevaron una expansión sin precedentes de la enseñanza superior. En Francia, el número de docentes de las facultades de letras —que prácticamente no había evolucionado desde comienzos de siglo— se duplicó ca en veinte años (511 en 1949, 1.150 en 1960 y 5.782 en 1969). Para las disciplinas «jóvenes» como la sociología, la antropología o las ciencias políticas (que aparecieron a finales del siglo XIX, pero que a nivel institucional permanecieron en estado embrionario), esto representa un «segundo nacimiento»¹⁴. En historia, el personal —que la vispera de la Segunda Guerra Mundial ascendía apenas a una centena— sobrepasa los 500 en 1968 y los 1.200 quince años después (400 catedra-

¹³ P. Novick, *That Noble Dream, The «Objectivity Question» and the American Historical Profession*, Cambridge University Press, 1990, pág. 577 (1.ª ed., 1988).

¹⁴ Cf. P. Favre, *Nataissances de la science politique en France 1870-1914*, Fayard, 1989.

El sistema educativo francés, «*Matière de conférences*» es el nombre que recibe el encargado de un curso antes de acceder al título de profesor. *Id. del T. I*

¹⁵ Estos datos han sido extraídos del artículo de D. Roche, ed. cit. Actualmente, en las universidades francesas son 10.000 los estudiantes que se matriculan cada año en el primer curso de historia.

¹⁶ En relación con Alemania, cfr. W. J. Mommsen, «La situation de l'histoire en l'enseignement de l'histoire dans la République fédérale d'Allemagne», en R. Rémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pág. 32. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, «Black Outlook for American History Jobs», *Perspective*, vol. 31, núm. 4, abril, 1993, pág. 10, y T. Tackett, «La communauté scientifique américaine: un risque de désintégration», en D. Julia y J. Bouder (dirs.), *op. cit.*, pág. 306.

El sistema educativo francés, «*Matière de conférences*» es el nombre que recibe el encargado de un curso antes de acceder al título de profesor. *Id. del T. I*

¹⁵ Estos datos han sido extraídos del artículo de D. Roche, ed. cit. Actualmente, en las universidades francesas son 10.000 los estudiantes que se matriculan cada año en el primer curso de historia.

¹⁶ En relación con Alemania, cfr. W. J. Mommsen, «La situation de l'histoire en l'enseignement de l'histoire dans la République fédérale d'Allemagne», en R. Rémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pág. 32. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, «Black Outlook for American History Jobs», *Perspective*, vol. 31, núm. 4, abril, 1993, pág. 10, y T. Tackett, «La communauté scientifique américaine: un risque de désintégration», en D. Julia y J. Bouder (dirs.), *op. cit.*, pág. 306.

El sistema educativo francés, «*Matière de conférences*» es el nombre que recibe el encargado de un curso antes de acceder al título de profesor. *Id. del T. I*

¹⁵ Estos datos han sido extraídos del artículo de D. Roche, ed. cit. Actualmente, en las universidades francesas son 10.000 los estudiantes que se matriculan cada año en el primer curso de historia.

¹⁶ En relación con Alemania, cfr. W. J. Mommsen, «La situation de l'histoire en l'enseignement de l'histoire dans la République fédérale d'Allemagne», en R. Rémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pág. 32. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, «Black Outlook for American History Jobs», *Perspective*, vol. 31, núm. 4, abril, 1993, pág. 10, y T. Tackett, «La communauté scientifique américaine: un risque de désintégration», en D. Julia y J. Bouder (dirs.), *op. cit.*, pág. 306.

El sistema educativo francés, «*Matière de conférences*» es el nombre que recibe el encargado de un curso antes de acceder al título de profesor. *Id. del T. I*

¹⁵ Estos datos han sido extraídos del artículo de D. Roche, ed. cit. Actualmente, en las universidades francesas son 10.000 los estudiantes que se matriculan cada año en el primer curso de historia.

¹⁶ En relación con Alemania, cfr. W. J. Mommsen, «La situation de l'histoire en l'enseignement de l'histoire dans la République fédérale d'Allemagne», en R. Rémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pág. 32. En relación con Estados Unidos, cfr. P. Conkin, «Black Outlook for American History Jobs», *Perspective*, vol. 31, núm. 4, abril, 1993, pág. 10, y T. Tackett, «La communauté scientifique américaine: un risque de désintégration», en D. Julia y J. Bouder (dirs.), *op. cit.*, pág. 306.

historiadores. Está concebida como una investigación de gran envergadura (suele prolongarse durante unos diez años), sometida al juicio de los iguales, que —en el inevitable ritual del acto de defensa— no sólo evalúan los conocimientos del candidato, sino también su respeto a las normas en las que reposa la identidad colectiva del grupo. La importancia atribuida a la tesis de doctorado se debe también al hecho de que materializa una relación maestro-alumno fundada en lazos de dependencia casi domésticos, pero que también pueden ser tranquilizadores. El punto de vista del maestro sobre el trabajo del alumno constituye para éste un punto de referencia fundamental, gracias al cual interioriza progresivamente el lenguaje de la disciplina. Por otra parte, el alumno sabe (normalmente) que puede contar con su «jefe» para avanzar en su carrera. Hasta los años 50, este frágil equilibrio se ve favorecido por la relativa homogeneidad de la profesión. La mayor parte de los historiadores provienen del mismo medio social. Han sido formados con el mismo molde universitario y han obtenido los mismos diplomas. Además, como el número de ayudantes no es mucho más elevado que el de catedráticos, cualquier recién llegado puede esperar acceder a los peldaños superiores cuando llegue su turno. En la base, la designación adquiere la forma de una cooptación anticipada por la que los mayores eligen no a subordinados, sino a potenciales iguales. En estas circunstancias, incluso quienes están situados en la parte inferior del escalafón apenas se sienten inclinados a poner en cuestión las reglas comunitarias¹⁹. Naturalmente, no hay que idealizar este tipo de funcionamiento. En el período de entreguerras, la generación de Lucien Febvre y Marc Bloch tuvo que esperar paciente-mente mucho tiempo antes de que los «maestros» de la generación precedente les cediesen su lugar. Daniel Roche recuerda que, aún en los años 50, todo el sistema «reposaba a la vez en estrategias personales y colectivas de dominación y en la instauración de la competencia real». No obstante, añade, el sistema «permitía suficientes casos concretos en los que el buen alumno ascendido era también objeto de una auténtica promoción social, como para que una movilidad siempre relativa —así lo demuestran los análisis estadísticos— fuese interiorizada como un modelo eficaz»²⁰.

Tras la Segunda Guerra Mundial, el crecimiento explosivo del personal pone fin a esta lógica, comportando lo que Pierre Bourdieu ha llamado una «crisis de sucesión», que llega a su paroxismo con la re-

¹⁹ Cfr. a este respecto el análisis de P. Bourdieu, *Homo Academicus*, Minuit, 1984.

²⁰ D. Roche, *op. cit.*, pág. 6.

vuelta estudiantil de mayo del 68²¹. Puesto que el número de puestos situados en la parte inferior del escalafón (categoría B) ha aumentado mucho más deprisa que el de catedráticos (categoría A), las desigualdades se acrecientan rápidamente en el seno de la disciplina. Los historiadores que han logrado terminar su tesis durante este período acceden fácilmente a los puestos más elevados. Pero la mayoría de los recién llegados choca muy pronto con la lógica del «embudo» y sólo una pequeña parte de ellos puede aspirar al rango profesoral. De este modo, el principio igualitario sobre el que reposaba el anterior ideal colectivo es aniquilado, pues ya no resulta creíble. Al mismo tiempo, el crecimiento excepcional del personal se traduce en una diversificación institucional hasta entonces desconocida. Si bien la centralización parisiense queda incuestionada, en las universidades de las grandes ciudades de provincias se constituyen nuevos núcleos de enseñanza y de investigación. En París, la Sorbona ve amenazada su supremacía con el desarrollo de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios (creada en 1947, obtiene su autonomía en 1975) y la creación de los primeros grandes laboratorios de investigación histórica a comienzos de los años 80: el Instituto de Historia Moderna y Contemporánea (IHMC) y el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP). El crecimiento del personal acentúa, de forma casi mecánica, la burocratización de la gestión de los asuntos universitarios. En una comunidad que no cuenta más que con un centenar de miembros y en la que todo el mundo se conoce, la delegación del poder se acepta tanto más fácilmente cuanto que reposa en relaciones de confianza y en la familiaridad que cada miembro tiene con los problemas planteados y con los modos de tratarlos. Cuando el personal es diez veces mayor, este tipo de relaciones interpersonales ya no resulta posible. Las relaciones profesionales se toman cada vez más «contractuales», mediatizadas por la escritura. En el seno de la comunidad de historiadores, la prolongación de las cadenas de interdependencia tiene como resultado el alejamiento de los centros de poder de quienes están situados en la base del escalafón. Así, cada vez son más los historiadores que ven cómo su participación en la vida colectiva se reduce a un acto de voto para nombrar a «representantes» a quienes desconocen, encargados de gestionar los organismos cuyo funcionamiento les parece oscuro. La burocratización de las profesiones universitarias está en el origen de las nuevas desigualdades existentes entre un reducido número de privilegiados que continúan funcionando conforme al an-

²¹ P. Bourdieu, *op. cit.*

de plazas como historiador en el CNRS, en 1985 son 150 los que se disputan 4 plazas. En Gran Bretaña, las medidas de reducción del personal universitario significan un descenso del 10% en el número de tesis presentadas entre 1978 y 1984. En Estados Unidos, la caída llega al 50% entre comienzos de los años 70 y comienzos de los años 80 (de 1.200 a 600 Ph.D defendidas anualmente en historia). «Una crisis de superpoblación académica se declara cuando centenares de historiadores, hombres y mujeres, se encuentran sin empleo»²³. El cambio de coyuntura acentúa el bloqueo de la inmensa mayoría de jóvenes que piensan a ella. El fuerte contraste entre la idea del futuro que podían aspirar a ella. Han intentado durante los buenos tiempos, cuando todavía eran estudiantes, y las perspectivas que se les ofrecen, suscita entre los «sacnificados» un descontento que halla eco incluso en las instancias superiores de la disciplina. Desde entonces, la reflexión sobre la crisis de la historia se centra en la cuestión de las salidas profesionales.

Así, Daniel Roche observa que «las justificadas reivindicaciones de los excluidos, de los que, pese a sus títulos y capacidades, han quedado fuera de juego, se suceden creando malestar y amargura en una y otra parte de la barrera». Subraya que el receso de la contratación acentúa el envejecimiento de la comunidad; lo que a muchos les parece una grave amenaza para el futuro de ésta²⁴. René Rémond, en un artículo publicado asimismo a mediados de los años 80, subraya que «el receso prácticamente total de la contratación que se produce desde hace unos diez años deja sentir ya sus efectos: el conjunto del cuerpo docente envejece, con el inevitable cortejo de inconvenientes resultante de esta deformación de la pirámide de edades; disminución de la producción, agotamiento de la imaginación, cerrazón ante la novedad. [...] La espinal se ha roto. La producción corre el riesgo de desata-

²³ Cfr. en relación con Francia, D. Roche, *op. cit.* En relación con Gran Bretaña, E. J. Hobsbawm, *Situation actuelle de l'histoire en Grande-Bretagne*, en R. Kémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pag. 68. En relación con Estados Unidos, cf. P. Conklin, *op. cit.* y T. Tackett, *op. cit.*, pag. 308.

²⁴ En 1983, de los 351 profesores titulares de historia moderna y contemporánea sólo 24 habían nacido después de 1940; 327 tenían más de 43 años. De los 615 profesores de conferencias, sólo 62, es decir apenas un 10%, habían nacido después de 1940, y menos del 1% después de 1950, según D. Roche, *op. cit.* En 1991-1992, los efectos de este envejecimiento son aún mayores. En el conjunto de las facultades de letras, el 44% de los profesores de conferencias tiene al menos 50 años; una cuarta parte de ellos tiene más de 55 años; cf. CNE, *Les enseignants du supérieur*, ed. cit.

tiene modelo del conocimiento mutuo y de la familiaridad con los engranajes del poder (a menudo en detrimento de su propia investigación, dado el tiempo considerable que ahora hay que dedicar a estas actividades burocráticas y al mantenimiento de las redes) y la mayoría de profesionales, cada vez más alejados de los centros de poder, y no obstante situados bajo la dependencia de la élite que controla la promoción, los trasladados, la distribución de créditos, etc. El crecimiento del personal provoca mecánicamente una explosión del número de publicaciones. Las tesis son entonces demasiado numerosas para poder publicarse todas, como era la regla antes de los años 60. De este modo el círculo de sus potenciales lectores se reduce considerablemente. Dada la profusión de investigaciones, ningún historiador puede ya estar al corriente de todas las que concierne a su ámbito de competencia; y ello tanto más cuanto que las revistas publicadas en las revistas especializadas aparecen con una demora cada vez más importante, pudiendo llegar a ser de varios años. Si se considera que todo investigador tiene derecho a esperar que su trabajo sea leído y discutido con conocimiento de causa, se comprende la magnitud de las frustraciones provocadas por la evolución de los acontecimientos. Todos estos factores, a los que habría que añadir la diversificación de los orígenes sociales del personal docente-investigador contratado durante las décadas de expansión, explican la multiplicación de los conflictos que tendrán lugar en las universidades desde finales de los años 60; años marcados fundamentalmente por las violentas divisiones entre ayudantes y catedráticos en el mayo del 68, por las frecuentes denuncias del poder de los «mandarines» y de las injusticias impuestas a las comisiones de contratación»²⁵.

Una crisis de contratación

El ciclo que se abre a comienzos de los años 70 está marcado por el brutal receso de la contratación en las universidades. En Francia, mientras que hacia 1970 había treinta candidatos para media docena

²⁵ El que hasta el presente la disciplina haya sido fundamentalmente una comunidad masculina, comienza también a cuestionarse a partir de los años 60. Las cifras oficiales demuestran que a comienzos de los 90, en Francia, en las disciplinas de humanidades las mujeres no ocupan aún más que el 23,7% de los cargos titulares, mientras que el 40,5% de los ayudantes son mujeres. Cfr. Comité Nacional de Evaluación de los centros públicos de carácter científico, cultural y profesional (en lo sucesivo CNEP), *Les enseignants du supérieur*, junio, 1993 (mecanografiado).

a las pretensiones de objetividad del saber histórico, e la complicidad que éste mantiene con los poderes establecidos, etc.

Una crisis de la función universitaria

Al parecer, a finales de los años 80 esta fase de recesión ha llegado a su término. En Estados Unidos, el número de *PhD* ha conocido un ligero progreso desde esta fecha, estabilizándose en 700 por año. En Francia, el número de personal docente-investigador en las facultades de letras y de ciencias humanas ha aumentado un 50% entre 1988-1989 y 1991-1992²⁶. Pero con estas cifras no hay que hacerse ilusiones. Si actualmente la coyuntura es más favorable que en la década anterior, no puede compararse a la de los años 60. Hoy no asistimos a un período de desarrollo de las comunidades universitarias, sino a una fase de *reproducción* del cuerpo universitario.

Pese al crecimiento regular de la población estudiantil (más de un 18,2% entre 1988-1989 y 1991-1992 en el caso francés), el número total de plazas tiende a estancarse, incluso a disminuir²⁷. La mejora de la coyuntura se debe únicamente a la necesidad de reemplazar a la generación contrada masivamente en los años 60 y que, progresivamente, alcanza la edad de jubilación. Las dificultades económicas y sociales y los nuevos problemas que plantea la reproducción del cuerpo universitario están en el origen de las nuevas preocupaciones que hoy afloran. Como subraya Christophe Charle, «la sensación de crisis que prevalece en la comunidad universitaria procede, es evidente, del cambio de función de la enseñanza superior en las sociedades contemporáneas»²⁸. Los imperativos económicos hacen que las universidades gestionen al mínimo coste la numerosa afluencia de estudiantes, lo que se traduce en medidas tendentes a dejar al margen las actividades científicas en las universidades, en favor de las tareas pedagógicas. Si en Francia, a finales de los años 80, se tomaron importantes medidas para reconstituir un «vivero» de jóvenes investigadores (multiplicación de las asignaciones para investigación, de las plazas de investigadores y de ayudantes de investigación)²⁹, gran parte de los

²⁶ Cf. CNE, *Les enseignants...*, ed. cit.

²⁷ El gran número de plazas creadas por el gobierno socialista a comienzos de los años 90 respondía a medidas coyunturales que luego fueron abandonadas.

²⁸ C. Charle, *La République des universitaires*, Seuil, 1994, pág. 466.

²⁹ Estas medidas explican sin duda la reciente progresión del número de tesis en ciencias humanas (2.470 tesis en 1992, es decir, un crecimiento del 58% respecto a 1989).

parecer»²⁵. Quienes son mantenidos fuera de la comunidad de histo-

riadores profesionales —aunque hayan cumplido con la tesis y lleven a cabo investigaciones de fondo que en algunas ocasiones los historiadores de oficio abandonan en favor de actividades anejas— intentarán «evitar la fortaleza» universitaria ofreciendo sus competencias como investigadores a otras instituciones. En Francia, los jóvenes historiadores confinados en la enseñanza secundaria desempeñan un papel decisivo en la creación de un gran número de asociaciones de historia, que en algunos años van a renovar profundamente el mundo de las sociedades culturales. La historia de las técnicas, de las empresas, del patrimonio, de las culturas populares y de la inmigración son otros tantos ámbitos que van a enriquecerse considerablemente gracias a la aportación de estas sociedades. En países como Estados Unidos, donde las universidades, sean privadas o públicas, se presentan como «pequeñas repúblicas» muy independientes del Estado central, las relaciones entre investigadores han quedado aseguradas, desde un principio, por las asociaciones profesionales. Gracias a ellas, indudablemente, la cohesión de la disciplina ha podido mantenerse más tiempo que en Francia. No obstante, esta tampoco resiste la crisis de los años 70. Entre 1969 y 1984, la *American Historical Association* ha perdido el 40% de sus miembros en beneficio de asociaciones profesionales disidentes o mucho más especializadas. El proceso consistente en evitar las instituciones académicas da origen a la *public history*. Los historiadores titulados que no encuentran trabajo en la universidad buscan empleo en el sector «privado», ofreciendo sus servicios a empresas, sindicatos, asociaciones locales... En Gran Bretaña y en Alemania, el movimiento de los *history workshops* testifica una evolución del mismo género, aunque con un signo mucho más militante, puesto que los historiadores que forman parte de ellos quieren poner sus capacidades al servicio de las clases populares, a fin de que éstas puedan hacer por sí mismas su historia colectiva. Evidentemente, los historiadores pertenecientes a estas estructuras «alternativas» son extremadamente críticos hacia las instituciones universitarias que no los han querido. En una situación caracterizada por la radicalización política de la izquierda intelectual, suman su voz a la de los historiadores que denuncian «la historia oficial» desde dentro.

Así se originan conflictos institucionales que se traducen, como veremos más adelante, en la multiplicación de las polémicas referidas

²⁵ R. Rémond, «Situation de l'histoire en France», en R. Rémond (dir.), *Essai historique...*, ed. cit., pag. 238.

balance sincero de lo que la posición de la historia y de los historiadores en este país debe al hecho de que la historia sea una asignatura obligatoria en primer y segundo ciclo. Personalmente temo que si se olvida o se recusa la función social que justifica el lugar, el reconocimiento y la legitimidad de la que los historiadores disfrutan, estos deben al margen su disciplina»³³. Esta cita permite comprender que la crisis de la función universitaria no se reduce a un cuestionamiento de la actividad investigadora por parte de la administración. Se trata, más fundamentalmente, de un interrogante general acerca de la definición misma del «oficio de historiador» en el mundo de hoy y de los criterios que posibilitan evaluar las formas de ejercicio. A esta inquietud se debe el que el gran libro que Marc Bloch dedicara a esta cuestión, un tanto descuidada durante los años 70—sobre ello volveré más adelante—, vuelva a cobrar actualidad³⁴. Con la supresión de la tesis de doctorado a comienzos de los años 80, los principios sobre los que se basaban las relaciones de poder en el seno de la profesión sufrieron una fuerte conmoción. El principal instrumento de que disponía la comunidad para contrarrestar las fuerzas centrifugas que amenazaban su autonomía desapareció en el mismo momento en que, como se verá en la segunda parte de este capítulo, la disciplina se abrió cada vez más al exterior. Sin una auténtica reflexión colectiva, se impuso el modelo de *Ph D* americano, cuando ocurre que este está adaptado a un sistema en que las universidades disponen de una autonomía institucional inimitablemente mayor que en Francia. De este modo los historiadores se ven privados de uno de los medios con que resistir a las intervenciones estatales en los asuntos científicos, sin poder imponer otros. Al mismo tiempo, la voluntad de «racionalizar» el gasto público y la descentralización parcial de la gestión de las universidades hacen que los representantes de la Administración intenten medir de forma cada vez

³³ A. Prost, «Seignobos revisité», *Vingtième siècle*, 43, julio-septiembre, 1994, pág. 117.
³⁴ M. Bloch, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, A. Colin, 1993 (1.ª ed. 1949). (Trad. esp.: *Apología de la historia*, Barcelona, 1984.) En el prólogo redactado para esta edición de la obra, Jacques Le Goff escribe: «un libro como este conserva, en 1993, buena parte de su novedad, de su necesidad y añade: «Hay que volver a partir de este libro.» Algunos años antes, Jean-Louis Flandrin añadía ya: «la cuestión de Marc Bloch: para que sirva la historia, sigue siendo actual, pero mis colegas de la nueva historia evitan plantársela o si se la plantean secretamente, no osan hacerla en público, ni siquiera la plantean a sus colegas»; J. L. Flandrin, «De l'histoire-problème à l'approche historique des problèmes», en G. Gadoffre (dir.), *Continuités et incertitudes de l'histoire*, PUF, 1987, pág. 177. El artículo de Daniel Roche, «Les historiens aujourd'hui», *op. cit.*, que invita a los historiadores a una reflexión colectiva sobre las mutaciones que ha sufrido su profesión, aparece todavía como el punto de partida de estas cuestiones.

Puestos de trabajo creados en los últimos años no son las clásicas plazas universitarias (profesores de conferencias y profesores titulares), sino destinos temporales para profesores de secundaria que implican una dedicación docente mucho más generosa que la impuesta a los demás cuerpos³⁵. Dadas estas cargas, los recién llegados temen no poder terminar su tesis y, por tanto, verse confinados en tareas pedagógicas durante toda su vida. La considerable reducción de las actividades científicas en la universidad es tanto más grave cuanto que no existe a ninguna de las categorías del personal. Un reciente informe oficial observa que para hacer frente al crecimiento del número de estudiantes, «algunas universidades tienen que solicitar a sus docentes investigadores un servicio tan importante en horas complementarias, que a estos ya no les queda tiempo para dedicarse a la investigación». Un tiempo que es aún más escaso, puesto que «en los últimos años la burocracia universitaria se ha hecho extensivamente gravosa» y puesto que «en algunas universidades el trabajo derivado de los exámenes [se ha] vuelto tan abrumador que requiere casi tantas semanas como las dedicadas a la enseñanza». Por eso, concluyen los autores del informe, el término más frecuente en las respuestas a las encuestas es el de «agotamiento»³⁶. Esta evolución contribuye a acentuar la sensación de «desintegración» de la comunidad de historiadores, pues tiende a entorpecer a los universitarios—cuyo tiempo de trabajo se ve cada vez más acaparado por tareas administrativas y pedagógicas— y a los historiadores del CNRS o de los grandes centros científicos, cuya actividad esta consagrada esencialmente a la investigación³⁷. Esta división se manifiesta claramente en las divergencias que enfrentan a los representantes de ambos medios. El alegato en favor de la función de la figura del docente-investigador recientemente publicado por Antoine Prost, expresa un sentimiento ampliamente compartido por los historiadores de las universidades: «Sin embargo, antes de recusar demasiadamente la docencia-investigación, conviene preguntarse si no sería más preciso, antes de recurrir a los profesores, convendría hacer un

Cifras extraídas del informe de M. Quenecq, *Rapport sur la condition des personnels enseignants de l'enseignement supérieur*, 1994 (mecanografiado).

³⁶ Este tipo de plazas representa hoy el 37% del total de los puestos de trabajo en las facultades de letras y ciencias humanas; cfr. el informe de M. Quenecq, ed. cit., págs. na 65.
³⁷ Informe Quenecq, ed. cit., págs. 42 y ss.
³⁸ Las transformaciones técnicas del oficio de historiador pueden agravar esta división, pues la creciente necesidad de recurrir a recursos comunes (como las bases de datos) amenaza con provocar un enfrentamiento entre los investigadores integrados en equipos de investigación y los investigadores aislados.

cuenta los diversos elementos que hoy forman parte del ejercicio de los «oficios» universitarios. Pero por otra parte, rechazan los criterios burocráticos que quiere imponerles una administración que ignora los problemas reales a los que ellos han de enfrentarse. La mayoría de ellos considera que recurrir a criterios cuantificables (índices bibliográficos, citas, etc.) no permite evaluar equitativamente la producción científica³⁶ y penaliza a los universitarios por no considerar sus cargas pedagógicas y administrativas, cuando éstos son cada vez más gravosas³⁷.

Se necesitaría un estudio más exhaustivo para ver si esta crisis de la función universitaria es específica de Francia o si tiene una amplitud mayor. Si esta crisis parece tener un importante papel en el sentimiento de desarraigo expresado por muchos historiadores, es porque en Francia hoy la profesión se halla inmersa en un proceso de cambio generacional sin precedentes desde los últimos treinta años. Los representantes de «la generación feliz» (François Furet), principales beneficiarios de la expansión de posguerra, que han ocupado el primer plan durante varias décadas hasta el punto de personificar —las figuras de primera fila al menos— la disciplina entera, se acercan progresivamente a la edad de la jubilación. A pesar de todo lo que los enfrenta, los miembros de esta generación comparten —además de una socialización profesional que les permitió subir con relativa facilidad los distintos peldaños de la carrera e instalarse precozmente en la cima— las mismas referencias fundamentales. Como ha subrayado Pierre Nora, esta generación se definió básicamente en función de sus relaciones con el Partido Comunista y con la vieja Sorbona, por más importancia que se dé a los factores económicos, a los factores políticos, a los métodos «cuantitativos» o «cuantitativos»³⁸. Hoy, la desaparición de esta «larga generación» acentúa el sentimiento de atomización de la disciplina, tanto más cuanto que la nueva generación llamada a sucederle se presenta dispersa en distintas categorías y carece de auténticos proyectos colectivos. El bloqueo de las carreras y el largo período de

³⁶ Muchos investigadores se preguntan por qué la Universidad francesa tenía que adoptar una forma de evaluación cuyos efectos perversos han sido denunciados por los científicos más eminentes de los países en los que aquella se practica desde hace mucho tiempo. También critican el exceso de protagonismo de las revistas anglosajonas en los índices, pues ello penaliza a quienes publican fundamentalmente en revistas francesas.

³⁷ Toda la información y las citas de este párrafo se han extrahido del informe Que- nec, ed. cit.

³⁸ P. Nora (dir.), *Essais d'ego-histoire*, Paris, Gallimard, 1987.

más rigurosas la «productividad» de los centros y del personal. El Comité Nacional de Evaluación, creado hace algunos años, tiene como objetivo expresar un mejor control del trabajo de los profesores universitarios y la clasificación de los centros en función de la calidad, la productividad y la notoriedad nacional e internacional de sus actividades investigadoras. Uno de los objetivos explícitos de este nuevo organismo es cuestionar los principios en vigor desde 1945, y fundamentalmente la regla según la cual «el sueldo [está en] función de la categoría de un docente-investigador, y no directamente de su mérito actual»³⁵. Considerando que «la libertad de los profesores universitarios no es incompatible con una expresión más completa y mejor respetada, por ambas partes, de las obligaciones inherentes al estatuto», el Comité estudia medidas que posibiliten una «mejor apreciación de las tareas confiadas al personal docente-investigador. Lo que equivale a decir que el individualismo tendrá las cosas más difíciles, o al menos, que éste no se confunde o ya no se confundirá con la necesaria libertad del investigador y del docente [...] Si esta evolución se confirma, se hará menos habitual la situación que, según algunos, hoy predomina, a saber: una situación en la que los docentes son libres para organizar sus actividades a su discreción, disponiendo del tiempo necesario para construir, de forma independiente, su vida profesional en los ámbitos más diversos». Esta preocupación explica los nuevos criterios de evaluación recientemente introducidos por el Ministerio de Enseñanza Superior. Así, el dinamismo científico de las universidades ha sido evaluado calculando la proporción existente entre el número de tesis defendidas y el número de personal docente-investigador de la universidad en cuestión. Pero sobre todo, las instancias que dirigen la investigación científica se basan cada vez más en normas internacionales, particularmente en los índices bibliométricos y en los índices de citas y de publicaciones. El *Social Sciences Citations Index* (SSCI) y el *Arts and Humanities Citations Index* (AHCJ), que analizan los estudios publicados en un gran número de revistas científicas internacionales, amenazan así con desempeñar un papel cada vez más importante en las políticas de evaluación. Todas estas innovaciones provocan la inquietud y el descontento de los profesores universitarios. Por una parte, éstos no están satisfechos con las formas actuales de evaluación, y exigen que en materia de contratación y de promoción los criterios estén más claramente definidos, sean más transparentes y tengan en

el que ha venido a perturbar la intimidad de la historiografía nacional. El número de historiadores americanos especializados en Francia ha aumentado en tales proporciones que hoy es superior en muchos ámbitos al número de historiadores franceses que estudian su propio país. Este proceso no podía sino estimular las relaciones entre unos y otros. Incluso si son dos las historiografías de Francia que se elaboran entre nosotros, cada una de ellas fuertemente marcada por el contexto político en el que hunde sus raíces, esta «visión americana» ha favorecido la diversificación de las lecturas de la historia nacional (especialmente en lo que se refiere a la concepción de la «ciudadanía» y del «multiculturalismo»). Pero esta apertura internacional de la investigación histórica también ha engendrado nuevos principios de jerarquización interna. Por una parte, está el reducido número de quienes exigen integrar se en el mercado mundial dominado por los Estados Unidos. Lo que supone un gran esfuerzo para familiarizarse con la lengua inglesa, un importante gasto de energía para acceder a las redes que posibilitan publicar en las grandes revistas o en las editoriales anglosajonas, incensantes desplazamientos para participar en coloquios y seminarios internacionales, que se han multiplicado conforme ha ido abaratándose el precio de los billetes de avión. Tal inversión hace posible que un historiador de a conocer sus trabajos a todos los especialistas de su área, cualquiera que sea el lugar del mundo donde éstos vivan. Pero, como comparatista, no puede menos de alejarse de las preocupaciones y de los intereses propios del mercado nacional, dominado por los historiadores que se dirigen preferentemente al gran público. Ciertamente, muchos se esfuerzan hoy por conciliar las dos perspectivas, pero resulta inevitable constatar la agravación de los conflictos entre quienes tonizan sobre el «provincialismo» de la historiografía francesa y quienes denuncian la hegemonía americana y la *«société»*.

El desarrollo de «la interdisciplinariedad» es otro aspecto de la apertura de la historia al exterior. Preconizada desde los años 30 por *Annales*, dicha interdisciplinariedad no ha podido concretarse verdaderamente más que con el desarrollo de las ciencias humanas y/o sociales después de la Segunda Guerra Mundial. El modelo interdisciplinar, institucionalizado por vez primera en Francia con la creación de la sección VI de la Escuela Práctica de Altos Estudios, ha sido ampliamente reproducido durante las décadas siguientes. En la mayoría de las universidades, los centros históricos de investigación han colaborado con las disciplinas vecinas. Incluso instituciones al principio muy alejadas de las problemáticas abordadas en la Escuela Práctica de Altos Estudios (como la Fundación Nacional de Ciencias Políticas), han aca-

espera en la enseñanza secundaria que ha vivido la mayoría de sus profesores en la heterogeneidad, sobre todo en lo que se refiere a la edad. Como muestra la encuesta reciente del Comité Nacional de Evaluación, los puestos de la categoría A que quedaron vacantes por jubilación, hacen que entren en competencia universitarios cuyas edades se escalonan entre los 40 y los 60 años. Dos generaciones «biológicas» están así llamadas a fundirse en una sola generación profesional. Al mismo tiempo, como hemos visto anteriormente, en la base de la pirámide se codean profesores de competencias que suelen alcanzar, si no sobrepasar, los cincuenta años y jóvenes historiadores recién salidos de la universidad, que se benefician de la reciente recuperación de la contratación.

Una identidad colectiva abilitada por la apertura de la disciplina al mundo exterior

La segunda serie de argumentos aducidos para reforzar el diagnóstico de «desintegración» de la profesión de historiador se refiere a las nuevas relaciones que la disciplina ha establecido con el mundo exterior en los últimos treinta años. En primer lugar, hay que recordar que hasta entrados los años 50, las comunidades profesionales universitarias se estructuraban sobre una base esencialmente nacional. Desde la guerra, la internacionalización de la investigación científica, que siguió a la mundialización de las relaciones que trajo consigo el crecimiento económico, ha conocido una aceleración vertiginosa. Gracias a los progresos del transporte aéreo, al desarrollo de la informática, a la aparición del fax y del correo electrónico, el planeta de los intelectuales se ha convertido en una inmensa «aldea» (al menos para quienes viven en los países ricos). Este proceso ha reforzado indiscutiblemente la integración de la comunidad de historiadores a nivel mundial. Pero, como compartida, ha provocado nuevas divisiones a nivel nacional. En el caso francés, hay que subrayar que la internacionalización de la investigación ha sido soportada antes que alentada. Frente a las perspectivas europeas esbozadas por Marc Bloch, desde fines de los años 20, en su proyecto de historia comparativa, las décadas de posguerra se han saldado más bien con un ensimismamiento francés³⁹. Es el formidable desarrollo de la historia en Estados Unidos

³⁹ Cf. L. Valensi, «Retour d'Orient. De quelques usages du comparatisme», en H. Aïsma y A. Burguière (dirs.), *Marc Bloch aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, EHESS, 1990, págs. 307-316.

parte, el desarrollo de la divulgación puede considerarse como un factor de integración. La publicación de un manual escolar, de una historia de Francia en varios volúmenes, la dirección de una colección de libros constituyen, innegablemente, proyectos colectivos que relacionan a quienes en ellos participan; crean lazos entre ellos, una comunidad de intereses materiales (derechos de autor) y simbólicos (notoriedad). Pero, por otra parte, como no todos los miembros de la comunidad de historiadores han tenido acceso en igualdad de condiciones a los privilegios de la divulgación,⁴² éstos constituyen también un factor complementario de tensiones internas. Ciertamente, muchos historiadores se esfuerzan por conciliar la investigación y la divulgación. Pero, como se verá en el capítulo 9, sólo una pequeña minoría ha podido acceder a las colecciones más prestigiosas, a los proyectos más lucrativos. La forma en que se presentan en la prensa los trabajos de investigación acentúa las tensiones internas. En la época en que sólo los periodistas profesionales se encargaban de difundir las obras especializadas entre el gran público, el historiador cuyo libro había sido criticado o ignorado por la prensa no podía responsabilizarse más que a los periodistas. Hoy, cuando el elogio, la crítica y el olvido proceden, en gran medida, de los mismos historiadores, son las relaciones internas de la corporación las que lo padecen. El historiador-periodista es en efecto juez y parte, pues cuando los periódicos recurren a él lo que solicitan es su competencia como profesional. Los autores que dependen de él para asegurar su reputación entre el gran público, si están descontentos de sus servicios, no pueden menos de preguntarse con qué derecho habla así en nombre de la historia sin orden de la comunidad; cuáles son los criterios a los que obedecen los juicios o los silencios que deciden sobre el éxito o el fracaso de la obra en cuestión. A modo de hipótesis, puede afirmarse que la acumulación de este tipo de frustraciones explica a la vez la reciente proliferación de libros que denuncian la «mediatización» de la historia y la intensidad de las polémicas que enfrentan a las fracciones rivales del sector histórico-editorial.⁴³ Asimismo es innegable que la apertura de la historia a la esce-

⁴² Dado que la divulgación del saber es esencialmente un trabajo de síntesis que consiste en presentar las investigaciones especializadas de forma simplificada y resumida, el número de quienes acceden al privilegio de la divulgación es, por definición, inferior al número total de historiadores.
⁴³ Además, el progreso técnico amenaza con acentuar rápidamente estas divisiones. A propósito de la edición de tesis en microfiches, René Girault señala: «en cuanto a rapidez de difusión de los resultados científicos, representa un enorme progreso. Como

bado por adoptar este periti «interdisciplinar»⁴⁰. La interdisciplinariedad ha sido alentada asimismo en el ámbito de la formación de estudiantes, mediante la creación de títulos y concursos en ciencias sociales (DEA, CAPES, agregación...), en los que la historia no es ya sino una componente entre otras, aun cuando suele conservar un lugar privilegiado. También aquí, contribuyendo considerablemente a la diversificación de la formación de los historiadores, de las redes de sociabilidad en las que éstos se insertan y de los intereses de carrera que persiguen, «la interdisciplinariedad» ha dado origen a nuevos motivos de disputa interna, enfrentando, volveremos sobre ello, a quienes defienden esta apertura y a quienes la responsabilizan de la «crisis» de la historia.

Durante este mismo período, los historiadores franceses se han vuelto hacia el gran público, aprovechando la democratización de la enseñanza (que ha posibilitado una considerable ampliación del mercado de la edición escolar) y el entusiasmo general por la historia. Es-tamos muy lejos de los años 50, cuando Henri-Lrénéé Marrou reprochaba a los historiadores su indiferencia hacia la labor de divulgación.⁴¹ Este logro sólo ha sido posible gracias a la introducción de nuevos mecanismos de difusión de los trabajos históricos especializados (cfr. sobre todo las nuevas colecciones de historia creadas a partir de los años 70) y gracias a la apertura de la comunidad de historiadores a esos profesionales de la difusión del saber que son los periodistas de la prensa escrita y del medio audiovisual (algunos historiadores se han convertido incluso en periodistas «a tiempo parcial» para facilitar esta labor de divulgación). En términos más generales: al crecer la demanda social, los historiadores han sido cada vez más solicitados en calidad de expertos por los medios culturales (museos, exposiciones, etc.), pero también por los medios políticos, incluso judiciales (cfr. la comisión de historiadores presidida por René Rémond en el caso Touvier). También esta evolución ha conducido a una importante diversificación de las relaciones internas con la comunidad. Por una

⁴⁰ Cf. R. Rémond (dir.), *Pour une histoire politique*, Seuil, 1988.

⁴¹ CAPES son las siglas de «Certificado de aptitud del profesorado de enseñanza secundaria».

[N. del T.]

En Francia, la «Agregación» es la oposición a profesor titular en la enseñanza me-

dia o superior. «Agregados» son, lógicamente, quienes ganan esa oposición. Los aspirantes son preparados en los llamados «cursos de agregación», pudiendo obtener becas para la realización de dichos cursos, las correspondientes «becas de agregación».

[N. del T.]
⁴¹ H. I. Marrou, «Comment comprendre le métier d'historien», en C. Samaran (dir.), *L'histoire et ses méthodes*, Gallimard, 1961, pág. 1.538.

ción de fondo, consecuencia del envejecimiento del colectivo, ha sido dado por repercusión sobre la producción dirigida a un público más amplio, a pesar del causal de imaginación y de la intensa renovación desplegados para intentar hacer algo nuevo con lo viejo. Pierre Lépape en 1975, es hora de una reflexión sobre el libro de historia». Lépape atribuye en parte la desatención del público a la disminución de la cantidad de los productos lanzados al mercado. Durante estos últimos años, han sido demasados los editores que han publicado cientos de obras voluminosas [...] merecedoras de las veinte o cuarenta páginas de un artículo de revista»⁴⁶.

La apertura de la historia al mundo exterior no es en modo alguno un rasgo exclusivo de Francia. En Estados Unidos, por ejemplo, la investigación interdisciplinaria ha sido fuertemente alentada por prestigiosas instituciones como el *Institute for Advanced Study* de Princeton o la *New School for Social Research* de Nueva York, dirigida por Charles Tilly. En las universidades se han constituido nuevos programas de investigación, como los «estudios sobre la mujer» o los *cultural studies*, que rompen el yugo de las antiguas fronteras disciplinares. También aquí, los historiadores conservadores han considerado esta evolución como la causa fundamental de la «desintegración» de la disciplina. No obstante, en el caso americano, la descompartimentalización ha resultado antes de un acercamiento a los medios politizados que de la apertura al gran público. Los historiadores progresistas se han mostrado cada vez más proclives a poner sus competencias profesionales al servicio de causas militantes (luchas de minorías y de comunidades). Pero los esfuerzos de la profesión por conquistar un público más amplio que el círculo de especialistas han fracasado⁴⁷. Por eso, en Estados Unidos lo que acentúa las divisiones internas de la disciplina no es fundamentalmente el conflicto entre normas periodísticas y normas científicas, sino las interrelaciones entre criterios científicos y criterios políticos.

La atomización de la disciplina y la imposibilidad de llegar a un público más amplio que el círculo de especialistas son la razón de que,

⁴⁶ P. Lépape, «La fin des quinze glorieuses», *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.

⁴⁷ La Asociación de Historiadores Americanos ha lanzado una revista histórica «popular» que se ha salido con un fracaso, y el lugar de la historia en la enseñanza primaria y secundaria es cada vez menos importante. Sobre esta situación lamentada por muchos en Estados Unidos, cfr. R. Novick, *op. cit.*, pág. 576. Por lo que se refiere a Gran Bretaña, cfr. D. Cannadine, «British history: past, present and future?», *Past and Present*, 116, 1988, págs. 169-191.

na mecánica ha tenido como consecuencia un debilitamiento de los lazos de solidaridad que tradicionalmente unían a los universitarios con sus colegas de la enseñanza secundaria. Mientras que Lucien Febvre era a la vez profesor del Colegio de Francia y presidente de la Sociedad de Historia local (que reunita a miles de historiadores «amateurs» dedicados a la investigación por puro placer), las solicitaciones intermedias y mecánicas han llevado a sus sucesores a ignorar un medio que, en ese mismo momento, estaba siendo profundamente renovado gracias a la aportación de los historiadores de la enseñanza secundaria⁴⁸. Mientras la edición de libros de historia fue próspera, estas tensiones apenas resultaron perceptibles. Siendo la oferta superior a la demanda, por lo general los historiadores deseados de llegar al gran público pudieron alcanzar su objetivo. Pero el comienzo de los años 90 ha supuesto un cambio de coyuntura. Un estudio del Sindicato Nacional de Editores hace hincapié no sólo en el descenso del promedio de ventas, sino también en el sensible envejecimiento de los lectores y en una disminución del número de los «grandes lectores». Más exactamente, la encuesta demuestra que si bien las cifras globales se mantienen, asistimos al hundimiento de la difusión de las obras técnicas fruto de un trabajo de investigación original, en favor de los libros de divulgación y de los manuales escolares. De ahí la emergencia de «una economía dual» y el desahucio de los investigadores res que ya no encuentran editores para sus tesis⁴⁹. La carrera hacia la divulgación contribuye a su vez a agravar la situación, dado que redunda en perjuicio de la calidad del conjunto de la producción lanzada al mercado. Como podéis esperar, el agotamiento de la investigación

compartida, no podía menos de producirse una separación casi total entre los trabajos científicos por el sistema de microfiches y la publicación de libros. Es esta una situación completamente nueva», R. Girault, en R. Rémond (dir.), *Une histoire...*, ed. cit., pag. 251. La edición histórica corre el riesgo de escindirnos en dos. Por un lado, el mercado del libro adaptado a los deseos de un público nacional no especializado. Por otro, el mercado de la «literatura gris» de los artículos especializados y de los microfilms o del correo electrónico, adaptado a las necesidades de la comunicación internacional.

⁴⁸ Sin duda, esta ruptura de relaciones entre los historiadores universitarios y los 40.000 profesores de historia con que hoy cuenta la enseñanza secundaria francesa, es inseparable de la crisis que atraviesa la edición histórica. Habiendo recibido la misma formación inicial que sus colegas universitarios, siendo muchos de ellos titulares de un diploma de investigación y realizando muchos trabajos históricos, los profesores de secundaria constituyen un logro excepcional, gracias al cual las discusiones científicas son capaces de trascender el estrecho círculo de los especialistas reconocidos.

⁴⁹ *Le Monde*, 22 de noviembre de 1993.

razón fundamental de la crisis es el debilitamiento de las relaciones interdisciplinarias que la historia había arduado en los últimos sesenta años. «La redificación de las disciplinas amenaza las prioridades establecidas [y] las vías tradicionales por las que circulaba la innovación [...]». Cuando la convergencia de las ciencias sociales continúa a la vez una convicción compartida y el horizonte de las prácticas, los trabajos de campo, más circunscritos, permitían ver en pequeño lo que podían ser las vías concretas de intercambio interdisciplinar y capitalizaban los beneficios comunes⁴⁹. Para adaptarse a estas transformaciones, la revista inicia entonces un giro —pese a su importancia, desapercibido— que se traduce, algunos años después, en la apertura del consejo de redacción a los no-historiadores y en el abandono del subtítulo que había contribuido a determinar la identidad de *Annales* durante su gloriosa etapa de posguerra⁵⁰. Ciertamente ningún historiador podría hoy sostener, como lo hacían Adeline Dauand y François Furet a fines de los años 50, que «científicamente hablando, no hay más ciencia social que la cuantitativa. Sobre este punto el acuerdo es prácticamente unánime»⁵¹. Y nadie asumió la profecía de Emmanuel Le Roy Ladurie, quien, también en relación con la historia cuantitativa, afirmaba algunos años después: «el historiador del mañana será programador o no será nada»⁵². Asimismo, ningún historiador osaría rastrear las palabras de Pierre Chaunu cuando, hace apenas diez años, alababa los méritos de «la historia a la francesa, profundamente marcada por la transformación epistemológica a la que, un poco indirectamente, se la llama *Escuela de Annales* o *Nueva Historia*», basada en la articulación de niveles, el recurso a la informática y a los métodos estadísticos⁵³. No obstante, hay que precisar que si hoy las innovaciones de los años 1950-1970 ya no provocan el mismo entusiasmo,

⁴⁹ «Histoire et sciences sociales. Un tournant critique?», *Annales E.S.C.*, 6, noviembre-diciembre, 1988, págs. 291-293.

⁵⁰ El consejo de redacción ha justificado así este abandono: «La división tripartita Economías-Sociedades-Civilizaciones era ya inadecuada; no armonizaba con la flexible disposición de los niveles de análisis y con la pluralidad de enfoques que hoy deseamos y que el nuevo subtítulo Historia-Ciencias Sociales sugiere mejor»; cfr. el editorial «Histoire, sciences sociales», *Annales Histoire-Sciences sociales*, 1, enero-febrero, 1994, págs. 3-4.

⁵¹ A. Dauand y F. Furet, «Méthodes d'histoire sociale. Les archives notariales et la mécanographie», *Annales E.S.C.*, 34, 1959, pág. 676.

⁵² E. Le Roy Ladurie, «L'historien et l'ordinateur», *Le Nouvel Observateur*, 8 de mayo de 1968, reproducido en *Le Témoin de l'historien*, Gallimard, 1977 (1.ª ed., 1973), pág. 14.

⁵³ P. Chaunu, *Histoire, science sociale. La durée, l'espace et les hommes à l'époque moderne*, SEDÉS, 1983, prefacio. (Trad. esp.: *Historia, ciencia social: la duración, el espacio y el hombre en la época moderna*, Madrid, 1986).

pese a la universalidad de la lengua inglesa, el mercado de libros científicos tiende a reducirse. Cada vez más, los editores tienen que pedir ayudas a su universidad para equilibrar su economía. Pero las dificultades financieras a las que se enfrentan las universidades implican una disminución de las subvenciones, lo que obliga a los servicios de publicación universitarios a restringir el número de obras publicadas en perjuicio de los historiadores menos conocidos y de los temas más técnicos. Dada la importancia fundamental que tiene la publicación de la tesis para la carrera de un historiador americano, en el seno de la profesión esta política malnustiana constituye un factor de tensión añadido⁴⁸.

«UNA CRISIS DEL SABER HISTÓRICO»

¿Crisis de innovación?

Para muchos historiadores, más que las mutaciones de la profesión consideradas arriba, son las incertidumbres que afectan al propio saber histórico las que constituyen el signo más evidente de la «crisis de la historia». Me ocuparé ampliamente de estas discusiones «epistemológicas» en los capítulos siguientes. Pero hay que señalar inmediatamente que no es la productividad de la investigación misma lo que se cree amenazado. Basta echar un vistazo al sumario de las revistas especializadas a los catálogos editoriales para constatar que la historia conserva hoy un importante dinamismo, sobre todo si se atiende a lo que sucede a nivel internacional. Los diagnósticos alarmistas se refieren fundamentalmente al debilitamiento de la innovación en la disciplina. En un editorial dedicado al «giro crítico», el consejo de redacción de *Annales* afirmaba a fines de los años 80: «hoy, parece haber llegado el tiempo de incertidumbres». Y la revista aludía a una «nueva situación, todavía confusa y que es necesario definir para ejercer el día de mañana el oficio de historiador». Para los autores de este texto, la

⁴⁸ Ante el aumento de los costes de producción, la considerable disminución de las ayudas públicas a la edición y la caída de las ventas, las ediciones universitarias americanas tienden a publicar exclusivamente libros de los que esperan vender entre 5.000 y 40.000 ejemplares, mientras que anteriormente la horquilla oscilaba entre 900 y 1.500. Los expertos prevén que en el plazo de dos años no se lanzará al mercado ninguna monografía, mientras que los jóvenes historiadores están obligados a realizar tesis de carácter monográfico; cfr. J. Shulevitz, «Keepers of the Tenure Track», *The New York Times Book Review*, octubre, 29, 1995, págs. 46-47.

historiadores (besta pregunta a los jóvenes normalistas) se destacaron aligeramente de las viejas doctrinas, ya no creen en gran cosa, a veces los «fundadores de disciplinas» — Foucault, Baruch, Labrousse — son arrojados (como antes se decía) al cubo de basura de la historia.⁵⁷ A partir de este diagnóstico, los autores prevén el declive de «la historia ideológica», de los métodos informativos y de las «modas universitarias. Y puesto que lo «nuevo» se ha hecho «viejo», lo «viejo» adopta aquí un aire «joven». Así, Taine y Gaxotte son presentados como los grandes modelos del futuro pasado de la historia. La historia local y la historia religiosa aparecen como los ámbitos de investigación más «prometedores», hacia los que los autores aconsejan orientarse a los jóvenes historiadores. A renglón seguido, se sirven de Marc Bloch para legitimar una definición del «oficio de historiador» en términos de adaptación a las leyes del mercado. Dado que vivimos «en un mundo competitivo, [...] no existe razón alguna para no jugar todas las cartas». Por eso el historiador «ha de rentabilizar su capital, cuidar sus rentas, mejorar su imagen», «aprender a responder a las entrevistas».⁵⁸

El polo opuesto reñe a los historiadores que interpretan en un sentido radicalmente diferente la «crisis» del saber histórico, incluso si también ellos critican principalmente el modelo personificado por *Annales* durante los años 1950-1970. El primer argumento que esgrimen contra los «tradicionalistas» para justificar una mayor apertura de la disciplina es que en historia el problema de la «verdad» o la «objetividad» no puede discutirse verdaderamente sin un mínimo de formación filosófica, es decir, sin aceptar una apertura «interdisciplinaria». ¿Qué opinión merecería un investigador que estudiase la historia de Napoleón o del Nivernais sin ninguna cultura histórica? ¿Hace ya mucho tiempo que la filosofía de la ciencia ha demostrado que el estudio de la «realidad» (sea física o humana) supone siempre un punto de vista. En estas condiciones, resulta poco sensato abordar la cuestión del saber enfrentando ingenuamente a los «buenos» (moderados, precisos, objetivos) y a los «malos» (que «manipulan» la verdad para satisfacer sus ambiciones o sus fantasmas políticos). Para los «modernistas», la «objetividad» reinvidicada por los «tradicionalistas» es tan sólo una máscara que no logra ocultar posiciones políticas conservadoras, a menudo de notoriedad pública. Primer como tema de investigación el estudio de los «grandes hombres», como Napoleón; presentar a la nueva generación a Taine y a Gaxotte como ejemplos que se han de se-

⁵⁷ G. Thuillier y J. Tulard, *Les Ecoles...*, ed. cit., págs. 4-5.
⁵⁸ G. Thuillier y J. Tulard, *Le marché...*, ed. cit., págs. 100 y ss.

es porque se han convertido en «paradigma común» de todos los historiadores, porque forman parte de la «ciencia normal» de la historia, con el mismo derecho que la crítica documental puesta a punto a fines del siglo XIX por la llamada escuela «positivista». En estas condiciones, tales innovaciones ya no cumplen función alguna en las estrategias de distinción inherentes a los juegos de competencia que caracterizan el mundo al que pertenecen los historiadores.

Si los análisis están de acuerdo en la afirmación de que hoy los temas dominantes en los años 60 han sido «superados», ninguno de los candidatos a la sucesión logra verdaderamente imponerse, lo que contribuye a la «crisis de identidad» que atraviesa la disciplina. Las polémicas sobre este tema ilustran una división fundamental en la que se prolonga la oposición clásica en el seno de la disciplina entre la «derecha» y la «izquierda». En uno de los polos se sitúan los historiadores que apelan a las «tradiciones» y exigen que la historia vuelva a su identidad propia. En el otro, los historiadores partidarios de la «innovación», que, por el contrario, desean una mayor apertura de la disciplina.⁵⁹ En el caso de Francia, las obras sobre la historia publicadas recientemente por Guy Thuillier y Jean Tulard ofrecen la exposición más completa del punto de vista «tradicionalista». Asumiendo la idea de una crisis del saber histórico, los dos autores la atribuyen a la politización de la disciplina y a sus alianzas con las ciencias sociales. Según ellos, «los años 1960-1980 han visto multiplicarse las disputas entre historiadores que tenían un compromiso político (generalmente de izquierdas) y los historiadores tradicionales que se mantenían fieles a sus tradiciones de objetividad, moderación y neutralidad, que se negaban a creer que estaban en posesión de la verdad o que debían transformarse a cualquier precio la sociedad; y la crisis de 1968, la politización de la universidad, acrecentaron todavía más las *distancias*».⁶⁰ Estos autores cuestionan «la historia ideológica que a toda costa quiere explicar, *adocinar, manipular*, enseñar la verdad», especialmente en la historia económica y en historia social, demasiado influidas por doctrinas de signo marxista o por una sociología aproximativa.⁶¹ La mejor prueba de que esta corriente de investigación histórica está en crisis, afirman, es que ya no interesa a la nueva generación. «Los jóvenes

⁵⁹ Evidentemente, entre estos dos extremos hay un gran número de posiciones intermedias.

⁵⁸ G. Thuillier y J. Tulard, *Les Ecoles Historiques*, PUF, 1990, pag. 60. Los términos

⁵⁷ G. Thuillier y J. Tulard, *Le marché de l'histoire*, PUF, 1994, pag. 110.

se basa su propia concepción de la verdad histórica. Como veremos en el capítulo 4, los partidanos del *linguistic turn* no sólo critican a los historiadores «tradicionales», sino que también se enfrentan entre sí en nombre de referencias teóricas (Foucault, Derrida, H. White, Geertz, etc.) a las que movilizan como otros tantos «paradigmas» inconciliables. La atomización de los «modelos» (y de los «postmodernos») se ve acentuada por el hecho de que sus argumentos «epistemológicos» suelen ponerse al servicio de las reivindicaciones políticas nacidas con la lucha de los militantes negros por los derechos civiles durante los años 60, y que se han extendido a todas las «comunidades culturales» constituidas desde entonces. Aquí no sólo se denuncia el puesto marginal que la historia oficial ha reservado a las minorías, sino que se afirma que la conceptualización, la escritura y los métodos mismos de la historia son relativos a una cultura determinada. Así las cosas, cada grupo detenta su propia verdad histórica, que contraponen a los demás. Unos deñenden una historia fundada sobre los principios de la *black perspective*; otros, sobre los del *gender*, etc.

La multiplicación de las polémicas y el final de las controversias

El hecho de que hoy los historiadores no sean ya capaces de ponerse de acuerdo sobre qué sea la «ciencia de la historia» es un argumento que suele aducirse para justificar el diagnóstico de la «desintegración» de la disciplina. La multiplicación de las polémicas, a menudo dotadas de gran virulencia, que enfrentan entre sí a los historiadores, constituye una de las pruebas más espectaculares de la disminución de las incomprensiones que minan la comunidad. Es indiscutible que la apertura de la historia al mundo exterior iniciada hace treinta años, multiplicando las posibilidades de malentendidos entre los investigadores, ha contribuido ampliamente al desarrollo de estas polémicas. Tomemos el ejemplo de la internacionalización de la investigación. Dado que la mayoría de los historiadores depende siempre de instituciones nacionales, la mundialización de las relaciones universitarias no ha conducido a la adopción de un lenguaje científico universal. Dicha mundialización se realiza gracias a todo un trabajo de instituciones nacionales, la mundialización de las relaciones universitarias no ha conducido a la adopción de un lenguaje científico universal. Dicha mundialización se realiza gracias a todo un trabajo de traducción de las múltiples lenguas oficiales que coexisten en el planeta al inglés, que hace las veces de equivalente general. Pero ese vaivén conduce a diferentes *quid pro quo* cargas de consecuencias para la misma investigación. Sin poder insistir sobre los difíciles problemas que presenta la traducción de un vocabulario nacional a

guir, aconsejar que se pliegue a las leyes del mercado; he aquí prevenciones que desmienten las declaraciones de imparcialidad. Pero hoy la corriente «modernista» lleva mucho más lejos la crítica de la definición tradicional de objetividad. Para Lucien Febvre, Marc Bloch y sus directos sucesores, la objetividad seguía siendo un ideal que el historiador podría alcanzar si luchaba sin cesar (incluso en su propio trabajo) contra los presupuestos y las influencias partidistas. Para las corrientes historiográficas nacidas en la coyuntura «revolucionaria» de los años que siguieron al 68, este ideal no es más que una mistificación. En primer lugar, son fundamentalmente los trabajos de inspiración marxista los que han puesto en cuestión la idea de un saber objetivo del pasado afirmando que la historia practicada por los universitarios era un «saber burgués», al que ellos contraponían una posible «historia proletaria». En los años siguientes, la crisis del movimiento obrero, pero también los esfuerzos desplegados por la fracción dominante de la profesión para dejar al margen a los «contestatarios», conducen a la práctica desaparición de esta corriente en el seno de la historiografía francesa; aunque hoy parece resurgir bajo una forma diferente, con las polémicas referidas al régimen de Vichy, en las que se denuncia a los «historiadores oficiales» y se les acusa de querer cerrar el dossier de la colaboración⁵⁹. En Estados Unidos, a la inversa, la descentralización del poder universitario ha permitido el desarrollo de estas corrientes contestatarias. También allí, las polémicas sobre la «crisis de la historia» se ordenan en función de la división derecha/izquierda a la que anteriormente nos hemos referido en relación con Francia; pero en Europa han alcanzado un desarrollo inusitado. A los «tradicionalistas» que denuncian la politización de los campus y la deriva teorecista de la historia⁶⁰, los «modernistas» responden reforzando sus lazos con los movimientos intelectuales y políticos más radicales. Sin embargo, este polo está lejos de representar un frente unido. Puesto que reúne a los historiadores que rechazan toda posibilidad de una historia «objetiva», lógicamente cada uno de ellos tiende a interpretar la «crisis de la historia» a partir de los principios sobre los que

⁵⁹ Cf., por ejemplo, el libro de S. Combes, *Archives interdites. Les peurs françaises face à l'histoire contemporaine*, Albin Michel, 1994, y su artículo «Vichy, les archives et les historiens "raisonnables"», *Le Monde*, 31 de enero de 1995.

⁶⁰ En el *New York Times* del 5 de abril de 1992, la *National Association of Scholars* vierte contra las reformas de la enseñanza que tienden a introducir las nociones de «razas», «gender» y «clases» en nombre de la objetividad de la historia. Citado por J. Appleby, L. Hunt y M. Jacob, *Telling the Truth about History*, Nueva York, Norton and Cie, 1994, pág. 273.

caban su jefe, aparecen retrospectivamente como los primeros diálogos. Incluso en el seno de corrientes favorables a la interdisciplinariedad se observan frecuentes malentendidos, debido a que por lo general, como se verá en los capítulos siguientes, los procuradores de una disciplina toman de las disciplinas vecinas argumentos que ellos deberían para adaptarlos a las necesidades e intereses del ámbito al que pertenecen⁶⁶.

La apertura de la historia a la esfera político-mediática ha producido malentendidos que en los últimos tiempos han adquirido una dimensión considerable, sobre todo en historia contemporánea. Lo que aquí está en cuestión no son las diferencias de lenguaje. Por lo general, los historiadores preocupados por conservar el contacto con el gran público evitan cuidadosamente cualquier pretensión procedente de la «jerga» de las ciencias sociales. El problema central al que se enfrentan es la definición de las relaciones entre «historias» y «memorias» y la delimitación de las esferas de competencia entre el historiador profesional y el periodista-historiador. Aunque no ha puesto fin a las investigaciones desatendidas por los «amateurs» que no pertenecen al mundo universitario, la profesionalización de la disciplina ha tenido como efecto una neta separación de los géneros y de la actividad propia de cada uno de los medios. Como subrayaba hace unos años François Bédarida, «en el fondo cada sector posee su estatuto y sus propias sanciones. A la historia universitaria y científica le corresponden la competencia, la cientificidad, el recurso a la comunidad profesional internacional. A la historia independiente y mediática, el éxito y la cantidad⁶⁷». Pero las interrelaciones cada vez más numerosas entre los dos medios han puesto en tela de juicio esta distinción. Buscando también el éxito y la cantidad, la «nueva historia» ha rehabilitado cuestiones (referidas sobre todo a la vida cotidiana) que eran privilegio de la «pequeña historia». De este modo, ésta ha recuperado «cierta legitimidad ante la historia universitaria considerada noble»⁶⁸.

⁶⁶ El fracaso del «diálogo» entre Foucault y los historiadores franceses es un buen ejemplo de este tipo de incomprendimientos. Sobre este problema, cfr. G. Noirot, «Foucault and History: the lessons of a disillusion», *Journal of Modern History*, 66, septiemb.

⁶⁷ F. Bédarida, en R. Rémond (dir.), *Essai d'histoire...*, ed. cit., pág. 285.
⁶⁸ P. Nora, «Alain Decaux raconte... Alain Decaux», conversación con A. Decaux, *Le Debat*, 30, mayo, 1984, pág. 46. El estrechamiento de los lazos entre periodistas e histo-

óricos hay que subrayar que las corrientes de pensamiento que hoy viajan entre los cuatro extremos del eje son objeto de una apropiación marcada por las preocupaciones dominantes en la escena universitaria de cada país. Como es sabido, la lectura de la filosofía francesa llamada «postestructuralista» o «postmoderna» (Foucault y Derrida especialmente) que hoy hacen algunos historiadores americanos de especial interés para nosotros, deja perplejos a muchos de sus colegas seguidores del *linguistic turn*, deja perplejos a muchos de sus colegas franceses, pues estos trabajos están al servicio de causas intelectuales y políticas que en Francia no tienen un verdadero equivalente. Inversamente, en Francia, las discusiones sobre el «multiculturalismo» americano son prisioneras de los términos propios del debate franco-francés⁶². La utilización con fines polémicos de las referencias extranjeras contribuye a la fabricación de nuevos estereotipos que a veces reactivan los reflejos nacionalistas que se creía superados. Así, muchos historiadores americanos «tradicionales» consideran a sus colegas franceses como pobres presuntuosos que se escudan en nebulosas teorías para disimular la vaciedad de su pensamiento⁶³. A la inversa, los historiadores franceses «tradicionalistas» critican la creciente influencia del pensamiento americano sobre la historiografía nacional⁶⁴. La interdisciplinariedad ha tenido idénticas consecuencias, introduciendo, en el seno de la disciplina, una división fundamental entre quienes persisten en hablar el lenguaje corriente y quienes han adoptado un lenguaje más técnico tomado de la filosofía o de las ciencias sociales. Las reacciones de hostilidad que provocaron durante los años 70 las obras «epistemológicas» de Paul Veyne y de Michel de Certeau⁶⁵, que criti-

⁶² Por ejemplo, la traducción habitual del término inglés «citizenship» por «ciudadanía», que en francés remite a dos nociones («ciudadanía» y «nacionalidad») cuidadosamente diferenciadas desde el siglo XIX, conduce a contrastes que contribuyen a las incomprendimientos tan a menudo constatadas entre historiadores franceses y americanos cuando discuten su respectivo «modelo» político. Para un análisis más profundo de este problema, cfr. G. Noirot, «Socio-histoire d'un concept. Les usages du mot "nationalité" au XIX^e siècle», *Genèses*, 20, septiembre, 1995, págs. 4-23.

⁶³ Sobre estos análisis de conjunto del mundo intelectual americano de hoy, cfr. E. Fassin, «La chaire et le canon. Les intellectuels, la politique et l'Université aux États-Unis», *Annales E.S.C.*, marzo-abril, 1993, págs. 265-301.

⁶⁴ Cfr. los ejemplos de «nativismo» anti-francés que da R. Novick en su libro *That Noble Dream*, ed. cit., pág. 606.

⁶⁵ G. Thuillier y J. Tulard escriben: «los historiadores americanos suelen tener una idea exarata, doctrinal, domnadora de la historia». P. Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*, Seuil, 1971 (Trad. esp.: *Como se escribe la historia. Ensayo de epistemología*, Madrid, 1972). M. de Certeau, *L'écriture de l'histoire*, Gallimard, 1975.

Orientando sus investigaciones hacia el «tiempo presente» y creando un instituto con el mismo nombre, los historiadores han renunciado a la distancia temporal que sus predecesores «positivistas» habían concebido como una muralla contra la intusión de las pasiones y de los intereses en la investigación científica, como un medio de preservar a la vez la objetividad y la autonomía de la disciplina. Dado que gran número de cuestiones de historia contemporánea son también problemas «de actualidad» —sobre todo porque ciertos actores de este pasado reciente todavía viven, ejerciendo a veces cargos de gran responsabilidad—, interesan tanto a periodistas como a historiadores. Al mismo tiempo, cada vez son más los historiadores solicitados como expertos, bien con motivo de procesos judiciales (como el *affaire Touvier*) y de las polémicas públicas introducidas por historiadores ocasionales especializados en el cuestionamiento de las grandes figuras de la República,⁷¹ bien para responder a las provocaciones «negacionistas» de la extrema derecha (que niegan la realidad de las cámaras de gas). La multiplicación de esta clase de solicitudes garantiza al historiador del tiempo presente una notoriedad que a veces sus trabajos no le habrían proporcionado, pero, como contrapartida, agrava la confusión entre la investigación histórica y el periodismo de investigación.⁷² La dimensión y la naturaleza del debate que, a fines del año 1994, ha suscitado el libro del periodista Pierre Réan sobre «la juventud de Mitlerand»⁷³, es el mejor ejemplo. A costa de una fascinante inversión de las reglas que hasta el momento regían las relaciones entre los dos medios, desde entonces son los historiadores quienes dan cuenta en la prensa de las obras históricas publicadas por los periodistas. Estas in-

terferencias cada vez más frecuentes constituyen una fuente de tensión que se presenta como otro signo más de la «crisis de la historia». La historia contemporánea tiende a convertirse en un campo de batalla que enfrenta a historiadores pertenecientes a círculos muy diferentes. Henry Rousso, en la obra que ha publicado recientemente junto a un periodista, justifica la supremacía de los historiadores «profesionales» apelando al hecho de que están «sometidos, por su oficio, a una ética, a una responsabilidad en la difusión del conocimiento, a reglas de control y de evaluación científica, reglas y principios ignorados esplenidamente por algunos, se escuden en la etiqueta del "periodismo de investigación histórica" o en cualquier otra denominación no controlada del mismo tipo».⁷⁴ Esta apología de la competencia es firmemente criticada por quienes defienden los intereses de la «pequeña historia». «No veo por qué razón uno haya de ser menos historiador por tener un estilo más vivo y más accesible», escribe el representante de la editorial Perrin (que está en posesión del 60% del mercado que representa esta literatura histórica), «Decaux, Castelot y el resto de escritores de la historia viva son víctimas de un complot de investigadores y universitarios celosos que les envidian su capacidad para instruir y distraer a la vez».⁷⁵ En el extremo contrario, historiadores que pertenecen a instituciones perifericas denuncian las confusiones entre historia del tiempo presente y periodismo. En su obra, Sonia Combes critica «a quien no sabe resistirse a las sirenas de su tiempo, prefriere abandonar los campos minados y situarse en el término medio del "publicista", el de ese periodista-ensayista, alentado por la demanda de los medios de comunicación». Combes critica «la adaptación de su discurso a lo que él cree que la sociedad está preparada para escuchar [...], ese pensamiento que concilia los puntos de vista que el profesor totalmente contaminado por el *Zeitgeist*, siendo el espíritu de la época el primer peligro para ese ideólogo particular que es el historiador-publicista. De ahí su irritación ante esos *outsiders* que pueden invadir su terreno y frente a los cuales no carece de poder (a través de la prensa, de la que se ha convertido en consejero) para desacreditarlos».⁷⁶ La cues-

⁷² Cf. H. Rousso y E. Conan, *Vichy un passé qui ne passe pas*, Fayard, 1994, pág. 283.

⁷³ Citado por *Le Monde*, 18 de marzo de 1993.

⁷⁴ S. Combes, *op. cit.*, págs. 314-316. La autora es investigadora en la Biblioteca de Documentación Internacional Contemporánea (BDIC) y productora de emisiones radiofónicas en *France Culture*.

Como subraya Daniel Roche, es de temer que tras la desaparición de la tesis de historiadores especialistas en ese período y creada para la ocasión.

⁷⁰ Cf. especialmente las acusaciones contra Pierre Cot formuladas por el sociólogo R. Riffel, *La tribu des clercs. Les intellectuels sous la V^e République*, Calmann-Lévy, 1993.

⁶⁹ Cf. eminentemente representativa de la divulgación histórica, el periodista Alain Decaux; cf. franceses: Georges Duby y Fernand Braudel. Al mismo tiempo, aquella recibía al más desde la Segunda Guerra Mundial, ha acogido a dos de los más grandes historiadores de las más prestigiosas. La Academia Francesa, que los intelectuales tendían a evitar ciones más prestigiosas. La Academia Francesa, que los intelectuales tendían a evitar desde la Segunda Guerra Mundial, ha acogido a dos de los más grandes historiadores franceses: Georges Duby y Fernand Braudel. Al mismo tiempo, aquella recibía al más eminente representante de la divulgación histórica, el periodista Alain Decaux; cf. R. Riffel, *La tribu des clercs. Les intellectuels sous la V^e République*, Calmann-Lévy, 1993.

⁷⁰ Cf. especialmente las acusaciones contra Pierre Cot formuladas por el sociólogo R. Riffel, *La tribu des clercs. Les intellectuels sous la V^e République*, Calmann-Lévy, 1993.

⁷¹ P. Réan, *Une jeunesse française. François Mitterrand 1934-1947*, Fayard, 1994.

nes, a todo el mundo le vuelven loco», D. Roche, *op. cit.*, pág. 19.

gráficos si es necesario —al público y a los críticos no les gustan—, y muchas ilustraciones multiplicando especialmente los libros «hechos por encargo, ni demasado gruesos ni demasiado cortos, fáciles de leer, con un mínimo de notas, de bibliografía, sin citas ni dicciones diferentes que perviertan la investigación en un plazo más o menos largo», doctorado, estas presiones mediáticas impongan a la comunidad de historiadores con-

démica que precisamente el tono polémico de la primera época de *Annales* se proponía romper.⁷⁶ A pesar de las llamadas a la discusión colectiva lanzadas aquí y allí, la reflexión sobre la «crisis de la historia» no ha sobrepasado el estado de las rescuciones individuales dispersas, mientras que en países como Alemania y Estados Unidos ha suscitado un amplio debate colectivo.⁷⁷ Para descubrir un punto de vista crítico sobre las producciones de «la escuela histórica francesa» (se trate de los *Lieux de mémoire*, de «la historia de las mentalidades» o de las publicaciones aparecidas en el marco de la conmemoración del Bicentenario de la Revolución francesa), hay que leer las obras y artículos publicados por historiadores extranjeros.⁸⁰

El retroceso del trabajo colectivo

Refiriéndose al «eclecticismo de una producción abundante pero anárquica» y a la «multiplicación desordenada de los temas de investigación», el consejo de redacción de *Annales* apuntaba otro factor de la «crisis de la historia»: el retroceso de las prácticas colectivas de investigación. Estas desempeñaron un papel esencial en la influencia de «la escuela histórica francesa» durante las décadas que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. Gracias a esta movilización colectiva, las innovaciones en la disciplina adquirieron una visibilidad que la juxtaposición de las pequeñas obras independientes jamás hubiera permitido. Este declive se debe ciertamente a que han desaparecido las circunstancias excepcionalmente favorables que prevalecían en las décadas de posguerra (cfr. capítulo 8). La crisis de la contratación universitaria ha tenido como resultado la reducción del número de doctorandos, y por ende el de los potenciales «discípulos»; ha contribuido

⁷⁶ A. Burguière, «Les Annales 1929-1979», *Annales E.S.C.*, noviembre-diciembre, 1975, pág. 1.350.
⁷⁷ Cfr. la importante discusión que ha provocado en Estados Unidos el libro de Peter Novick, *That Noble Dream*, ed. cit., y en Alemania las controversias entre los partidarios de la «historia de la vida cotidiana» y los partidarios de «la historia-ciencia social».
⁸⁰ Cfr. la obra, recientemente traducida al francés, de G. Lloyd, *Pour en finir avec les mentalités*, La Découverte, 1993 (1.ª ed., 1990) y el balance crítico realizado por el historiador americano S. Kaplan sobre el Bicentenario, *Adieu 89*, Fayard, 1993. Por lo que se refiere a los *Lieux de Mémoire*, no se hallará ni una sola reseña en una revista histórica francesa. Para conocer el exhaustivo análisis que al respecto ha propuesto Steven Englund, hay que consultar el *Journal of Modern History*, 64, junio, 1992, págs. 299-320, o la joven revista de ciencias políticas *Politics*, 26, 1994, págs. 141-168.

ción del «regresionismo» ha degenerado, por las demandas interperpetuas, en polémicas que buscan la dimensión de las divisiones internas del mundo de los historiadores del período contemporáneo. Si éstos han sido prácticamente unánimes en la condena y en la denuncia de la ideología de tendencia fascista difundida por algunos universitarios, las acusaciones elevadas recientemente por algunos de ellos contra sus colegas han sido rechazadas por la mayoría de los historiadores, quienes consideran que, a falta de una verdadera prueba, no tienen por qué convertirse en fiscales.⁷⁵

Mientras este tipo de polémicas tiende a proliferar, las verdaderas controversias científicas han desaparecido prácticamente de la escena historiográfica francesa.⁷⁶ Como señala Christophe Charle, en comparación con la magnitud y la seriedad del debate alemán sobre el nazismo, «el carácter insonoro de las disputas francesas sobre Vichy» y «la ausencia prácticamente total de la historia social en la discusión»⁷⁷, no pueden sino producir estupor. Estamos lejos de los buenos tiempos que siguieron a la Segunda Guerra Mundial. La historiografía francesa estaba entonces avasada por debates cuyo vigor era por sí mismo el signo más evidente de la buena salud de la disciplina. Todavía se recuerda la controversia entre Roland Mousnier y Ernest Labrousse, en la que se trataba de determinar si la Francia del siglo XVIII era una sociedad de corporaciones o de clases. La discusión enfrentaba a historiadores que representaban los dos polos opuestos de la disciplina (bien por sus afinidades políticas, bien por su enfoque metodológico o «epistemológico»). Pero hablaban el mismo lenguaje y compartían reglas comunes a toda la disciplina (referencias especialmente a su concepción de la verdad y de la objetividad históricas). Agujoneados por esta profundamente nuestros conocimientos sobre aquella época. Hoy, el debate histórico en Francia ha retrocedido al nivel que tenía en el período de entreguerras, cuando la comunidad envejecida extendía un auténtico «mantto de prudencia universitaria que ahogaba el debate de ideas y hacía prácticamente imposible, por inconveniente, una verdadera discusión de la producción científica»; prudencia aca-

⁷⁵ Dado el carácter «semipúblico» de estas polémicas, prefiere no nombrar a quienes están directamente implicados en ellas; ello no haría sino agravar la situación.
⁷⁶ Una controversia científica enfrenta a individuos que hablan el mismo lenguaje y que comparten el mismo sistema de normas, mientras que una polémica enfrenta a individuos cuyos criterios de juicio son expresión de universos mutuamente excluyentes.
⁷⁷ C. Charle, «Essai de bilan», en C. Charle (dir.), *Histoire sociale, histoire globale*, Ed. de la Maison des Sciences de l'Homme, 1993, pág. 208.

así a la atomización de la investigación histórica en un gran número de pequeños «feudos». A ello hay que añadir el hecho de que después del Mayo del 68, los antiguos imperativos de la vida universitaria se han atenuado, bajo la presión de nuevos valores, individualistas y liberales. Los profesores se han hecho menos exigentes con sus estudiantes, negándose tanto más a «enrolarlos» en proyectos colectivos cuanto que ellos mismos se mostraban menos entusiasmados en lanzar iniciativas, muy costosas en tiempo y en esfuerzo pero raramente recompensadas. Así, los universitarios se han otorgado a sí mismos una libertad de movimiento sin parangón en ninguna otra profesión, pero que innegablemente ha agravado su malestar. En efecto, como observa Daniel Roche, «en ciencias humanas, la libertad total o casi total tiene dos consecuencias: la dispersión en un gran número de actividades —para los medios de comunicación y para publicaciones efímeras— y en intervenciones diversas; la disminución de las investigaciones de fondo». Ciertamente, la creación de laboratorios enteramente dedicados a la investigación histórica (como el Instituto de Historia del Tiempo Presente (IHTP) o el Instituto de Historia Moderna y Contemporánea (IHMC)) ha permitido impulsar proyectos colectivos de gran envergadura, especialmente en el campo de la producción de instrumentos indispensables para la prosecución de la investigación científica. Pero ninguna institución podrá suplir la ausencia de entusiasmo y de movilización de los historiadores. En un universo en el que triunfa el individualismo característico del campo literario, que valora a los autores y no a los investigadores, ¿por qué unos iban a aceptar las tareas, a menudo ingratas y aplastantes, de coordinar un equipo, un centro de investigación o siquiera un proyecto colectivo, en perjuicio de sus propios trabajos, mientras que otros invierten toda su energía en estrategias de promoción personal, acumulando frecuentemente las ventajas ligadas a la posición de autor, de científico, de periodista y de experto?

CAPÍTULO 2

La formación de una disciplina científica

Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta mostrar lo que realmente fue.

LEOPOLD VON RANKE, *Zur Geschichte der germanischen und romanischen Völker*, 1824.

Por encima de su extrema diversidad, los argumentos presentados en las páginas anteriores tienen en común fundamentalmente su insistencia en las mutaciones del período reciente. Sin negar la especificidad de los problemas actuales, en este capítulo quisiera mostrar que éstos son también la expresión de una contradicción que atraviesa toda la historia de la disciplina. Ésta, en efecto, sólo ha podido conquistar su autonomía en el ámbito intelectual situándose en el terreno de la investigación empírica y rechazando las generalidades sobre la historia que eran especialidad de los filósofos. Pero para *justificar* este proceso, los propios historiadores se han visto obligados a introducir discursos generales sobre la historia, abandonando el terreno del trabajo empírico en favor de un «metalenguaje» tomado, directa o indirectamente, de la filosofía. Cuando a principios de siglo Charles Seignobos se pregunta cómo hacer, cuando se es historiador, para hablar sobre la práctica de la historia permaneciendo al mismo tiempo en «el

interior» de esta práctica¹, expresaba una inquietud que no ha dejado de atormentar a la disciplina. Examinando las respuestas que se han aportado sucesivamente a esta cuestión, recordaremos aquí las grandes etapas que han hecho posible la constitución de la historia como «paradigma» científico.

DE LA HISTORIA-ARTE A LA HISTORIA-CIENCIA

Desde hace unos veinte años, el término «paradigma» ha entrado de forma notable en los escritos de los historiadores. La mayoría de ellos lo emplea en el sentido que le ha dado el estructuralismo lingüístico designando un conjunto de discursos organizados en torno a un principio unificador. Pero, paradójicamente, los mismos historiadores suelen justificar esta definición haciendo referencia a la célebre obra de Thomas Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*². Ahora bien, ésta señala muy claramente que un «paradigma» científico supone la constitución previa de una comunidad de investigadores formada por un conjunto de especialistas que han recibido una misma formación, en el curso de la cual han asimilado la misma literatura técnica, sacando de ella idéntica enseñanza. En este marco, un «paradigma» puede considerarse, en sentido amplio, como un conjunto de creencias, valores y técnicas comunes a los miembros del correspondiente grupo. Es lo que Kuhn denomina «matriz disciplinar». En un sentido más restringido, el término puede designar un elemento aislado de esta matriz: las soluciones concretas utilizadas como modelo o como ejemplo, y que muy a menudo sustituyen a las reglas explícitas para hallar solución a los enigmas que plantea la investigación en la

¹ C. Seignobos, «Les conditions pratiques de la recherche des causes dans le travail historique», *Boletín de la Sociedad francesa de filosofía*, sesión del 30 de mayo de 1907. Esta conferencia es una respuesta a las críticas anteriores de F. Simiand, «Méthode historique et science sociale», *Revue de synthèse historique*, 1, 1903, págs. 1-22, y 2, 1903, págs. 122-157 (texto nuevamente publicado en *Annales E.S.C.*, 1, 1960, págs. 83-119). Cfr. también F. Simiand, «La causalité en histoire», *Boletín de la Sociedad francesa de filosofía*, sesión del 31 de mayo de 1906.

² T. S. Kuhn, *La structure des révolutions scientifiques*, Flammarion, 1983 (1.ª ed., 1962). (Trad. esp.: *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1975.) Sobre la importancia de la perspectiva «kuhniana» para la reflexión sobre la historia, cfr. D. A. Hollinger, «T. S. Kuhn's Theorie of Science and Its Implications for History», *American Historical Review*, 78, 1973, págs. 370-393. El autor subraya con razón «la orientación profundamente sociológica de Kuhn» (pág. 381).

correspondiente disciplina. Estudiar la historia del «paradigma» que constituye la historia científica significa, desde esta perspectiva, mostrar cómo se han constituido *a la vez* la «matriz disciplinar» y la comunidad profesional que ha presidido su creación y su perpetuación³.

«La tarea del historiador»

La historia, en su sentido primitivo de investigación del pasado, se ha practicado, como es sabido, desde la Antigüedad. No obstante, Reinhardt Koselleck ha mostrado que «el actual concepto de historia con sus múltiples extensiones, que en parte se excluyen lógicamente, no se elaboró hasta fines del siglo XVIII»⁴. La filosofía de la Ilustración y la Revolución francesa transformaron radicalmente las relaciones que, tradicionalmente, los hombres mantenían con el tiempo. Mientras que anteriormente la historia era aprehendida como una pluralidad de ejemplos, desde entonces tiende a presentarse como un singular colectivo, como la suma de todas las experiencias humanas. En adelante, un mismo concepto sirve para hacer referencia a la vez a la historia en tanto que realidad y a la historia en tanto que reflexión sobre esa realidad. Por proporcionar un saber acerca del pasado que arroja luz sobre el futuro, la historia se presenta cada vez más como una guía para la acción, gracias a la cual los hombres aspiran a ser dueños de su destino. Estas transformaciones de los modos de pensar dan origen, fundamentalmente bajo el impulso de Voltaire, a una forma inédita de reflexión sobre el pasado: la filosofía de la historia. Pero desde finales de siglo, la perspectiva universalista y racionalista desarrollada por la Ilustración —que evalúa todas las épocas y las civilizaciones

³ En un estudio que ha desempeñado un importante papel en la difusión de este término entre los historiadores, Carlo Ginzburg afirma explícitamente: «utilizo este término en la acepción propuesta por Thomas S. Kuhn». Pero en realidad, lo que él toma es su definición lingüística. Por lo demás, Ginzburg reconoce que ha hecho «abstracción de las precisiones y distinciones introducidas posteriormente por este mismo autor». Ahora bien, las aclaraciones que Kuhn introduce en la advertencia final de la segunda edición del libro son esenciales, pues destacan toda la importancia que su definición del «paradigma» científico atribuye a los factores sociológicos; cfr. C. Ginzburg, «Traces. Racines d'un paradigme indiciaire», en C. Ginzburg, *Mythes, emblèmes, traces. Morphologie et histoire*, Flammarion, 1989, pág. 268 (1.ª ed., 1986). (Trad. esp.: *Mitos, emblemas e indicios. Morfología e historia*, Barcelona, 1994.)

⁴ R. Koselleck, *Le futur passé. Contribution à la sémantique des temps historiques*, Ed. EHESS, 1990, pág. 234 (1.ª ed., 1979). (Trad. esp.: *Futuro pasado: para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, 1993.)

según el rasero de los valores de la Europa del siglo XVIII— es rechazada en Alemania por una nueva generación de intelectuales que se oponen enérgicamente a la ocupación de su país por las tropas francesas. Para Herder, cada pueblo es una entidad en sí que elabora su propia cultura y su propia «identidad colectiva» (*Volksgeist*) y nadie está autorizado a juzgarlo «exteriormente», en función de otro sistema de normas⁵. Al mismo tiempo, la voluntad napoleónica de imponer, en los territorios conquistados, los principios emanados de la Revolución francesa (especialmente el Código civil) a despecho de las tradiciones y costumbres locales, incita a las primeras figuras de lo que más tarde se llamará «la Escuela histórica alemana» a salvaguardar y defender el viejo derecho consuetudinario (Savigny) y la literatura popular (J. Grimm). Este entusiasmo por el estudio del pasado estimula asimismo la crítica documental. Constantemente perfeccionadas desde el Renacimiento, las técnicas de análisis de textos se benefician de los espectaculares progresos realizados en el siglo XVIII por la gramática comparada, la filología, la hermenéutica y la arqueología. Estas innovaciones, hasta entonces dispersas, son integradas en un método único por Niebuhr, quien en los primeros años del siglo XIX sienta los principios básicos del «método histórico»: establecer los hechos mediante la crítica científica de las fuentes, agruparlos, no extraer de ellos más que las conclusiones que de su examen se imponen.

La creación de la Universidad de Berlín, en 1810, por Wilhelm von Humboldt es testimonio de la importancia que a partir de entonces se concede a la historia en tanto que objeto de estudio y de reflexión. No obstante, en un principio, es a la filosofía de la historia, dominada por la imponente figura de Hegel, a la que se le confía la tarea de indagar la verdad del pasado. Como Kant, Hegel considera que para comprender la historia en su verdadero sentido filosófico, es inútil seguir el curso de los acontecimientos singulares, pues lo importante es captar la «intención última», la «Idea» suprema que se manifiesta en cada instante en «el autodespliegue de lo universal». Según Hegel, «el individuo sólo es verdadero en la medida en que participa con todas sus fuerzas en la vida sustancial e interioriza la Idea»⁶. Esta filoso-

fa «emanantista» (Max Weber) postula la existencia de entidades metafísicas tras la realidad, que el filósofo ha de esforzarse por sacar a la luz para extraer la «objetividad» de todo conocimiento y, por lo tanto, de la historia. Hegel afirma que «también el historiador medio cree que es puramente receptivo, que se entrega al dato; pero su pensamiento no es pasivo, sino que hace intervenir a sus categorías y ve el dato a través de ellas»⁷. De ahí, según él, la supremacía de la filosofía, que, como señala Catherine Colliot-Thélène, procura a la historia «lo que la historia no podría extraer desde sí misma», a saber: «el criterio que permite distinguir lo que importa, es decir, lo que da sentido a la masa infinita de acontecimientos»⁸. Afirmando así la subordinación de la historia a la filosofía, Hegel recuerda una situación de hecho. Hasta fines del siglo XVIII, la historia no goza de autonomía alguna en las universidades. Es utilizada en las facultades de filosofía, de derecho y de teología como una «reserva de ejemplos». Para poner fin a esta dependencia y conquistar el lugar en la institución universitaria que los recientes progresos de la disciplina justifican con creces, los historiadores se ven inmediatamente confrontados con la necesidad de defender su práctica, demostrando que el tipo de conocimiento del pasado que ellos ofrecen no puede ofrecerlo la filosofía. Durante las primeras décadas del siglo XIX, el debate sobre esta cuestión ocupa el centro de las polémicas que animan la vida intelectual alemana⁹. Es en este contexto en el que Ranke, colega de Hegel en la Universidad de Berlín, publica en 1824 la frase célebre que tan a menudo se le ha reprochado¹⁰: «Se ha atribuido al historiador la misión de juzgar el pasado, de enseñar el mundo contemporáneo para servir al futuro: nuestro intento no se inscribe en tan elevadas misiones; sólo intenta

vive cosmopolite. Aubier, 1947 (1.ª ed., 1784). (Trad. esp.: en I. Kant, *Filosofía de la historia*, México, 1984.) Hegel rechaza el moralismo kantiano y sitúa el problema de la libertad en el centro de su filosofía de la historia.

⁷ Citado por H. I. Marrou, *De la connaissance...*, ed. cit., pág. 16. Desde estos principios, como subraya Marrou, si Hegel se refiere frecuentemente a la historia empírica de historiadores como Niebuhr, «es siempre para rechazarla, criticarla, cubrirla de sarcasmos fáciles», *ibid.*, pág. 15.

⁸ C. Colliot-Thélène, *Le désenchantement de l'État de Hegel à Max Weber*, Minuit, 1992, pág. 43.

⁹ Cfr. F. Gilbert, *Politics or Culture? Reflections on Ranke and Burckhardt*, Princeton U. P., 1990. Sobre Ranke, cfr. también G. G. Iggers y J. M. Powel (eds.), *Leopold von Ranke and the Shaping of the Historical Discipline*, Syracuse U. P., 1990.

¹⁰ Cfr. L. von Ranke, *Zur Geschichte der germanischen und romanischen Völker*, en *Sämtliche Werke*, Leipzig, 1874, t. 33, pág. VI (1.ª ed., 1824). Me he servido de la traducción de Jochen y Marie-Claire Hoock en R. Koselleck, *Le futur passé*, ed. cit., pág. 47.

⁵ J. G. Herder, *Idées sur la philosophie de l'histoire de l'humanité*, Presse Pocket, 1991 (1.ª ed., 1785).

⁶ G. W. F. Hegel, *La raison dans l'histoire*, Plon, 1965, págs. 113-114. (Trad. esp.: *La razón en la historia*, Madrid, 1972.) Kant consideraba que para captar la «intención última» de la historia era necesario haber sentido previamente los principios generales de la moralidad, la libertad y la razón. Cfr. I. Kant, *Idee d'une histoire universelle du point de*

mostrar lo que realmente fue» (*wie es eigentlich gewesen*). Reservo para los capítulos siguientes el análisis de los absurdos a los que esta afirmación ha dado lugar desde hace más de un siglo. Retengamos por el momento que esta afirmación pertenece al prólogo a la primera obra publicada por Ranke (entonces tiene sólo 29 años) para presentar sus trabajos empíricos sobre la historia de los pueblos romano y germano. Ranke quiere demostrar que es la investigación empírica, el estudio de los hechos, la que posibilita el progreso del conocimiento, y no las especulaciones metafísicas sobre el «sentido de la historia». De ningún modo se trata, pues, de una reflexión «teórica» sobre el estatuto de la historia, aun cuando afirma explícitamente que la disciplina tiene como misión ocupar el lugar de la filosofía¹¹. Para comprender la concepción de la historia introducida por Ranke, no podemos contentarnos con algunas frases aisladas y sacadas fuera de contexto. Es necesario interesarse por los textos en los que tal concepción se expresa de forma rigurosa. Desde este punto de vista, el documento fundamental es la conferencia sobre la «tarea del historiador» que el propio Wilhelm von Humboldt pronuncia en 1821. Pese a que la mayoría de las veces los historiadores lo ignoran, este texto es capital, pues constituye la primera definición «epistemológica» de la historia en tanto que actividad práctica, «codificando» al mismo tiempo algunas de las grandes reglas que, aún hoy, rigen el «oficio de historiador». Desde la primera frase de su conferencia, Humboldt afirma lo que Ranke no hará sino repetir algunos años después, a saber: que «la tarea del historiador es exponer lo que ha ocurrido»¹². Si rechaza explícitamente las especulaciones de la filosofía hegeliana, él mismo admite también que «la historia en su totalidad no es sino la realización de una Idea» y que las Ideas «no se introducen en la historia desde fuera, sino que constituyen su misma esencia». Pero Humboldt considera que el mejor medio de acceder a lo universal es estudiarlo en sus realizaciones concretas. Cada época, cada «individualidad», por su carácter único y por su mis-

¹¹ Ranke escribe en efecto: «la historia no se opone a la filosofía, sino que es su cumplimiento», citado por C. Colliot-Thélène, *op. cit.*, pág. 95.

¹² W. von Humboldt, *La tâche de l'historien*, Presses Universitaires de Lille, 1985, pág. 67 (1.ª ed., 1821). Todas las citas han sido extraídas de esta edición. Mucho antes de que fuesen publicadas, Humboldt tuvo muchas ocasiones de presentar sus reflexiones de forma oral a los principales historiadores alemanes de su época, con quienes mantenía estrechas relaciones. Dilthey afirma que este ensayo «ha ejercido una influencia extraordinaria» en la génesis de la reflexión alemana sobre las «ciencias del espíritu». Cfr. W. Dilthey, *L'édification du monde historique dans les sciences de l'esprit*, Cerf, 1988 (1.ª ed., 1910), pág. 67.

ma singularidad, constituye una «actualización» de lo universal. Influenciado por Vico y Herder, Humboldt concibe la historia como una «fuerza creadora», como un «principio espiritual» que se manifiesta mediante la eclosión, a lo largo de la totalidad de su curso, de «individualidades nacionales» únicas en su género, como la Grecia antigua, Roma, etc. Por eso, añade, «el oficio de historiador, en su determinación última, que es también la más simple, consiste en exponer cómo una Idea tiende a hacerse efectiva en la realidad». Así pues, mostrar «lo que realmente fue» significa descubrir tras las configuraciones particulares del pasado otras tantas manifestaciones de «la Idea». La dificultad del trabajo del historiador estriba en el hecho de que cada una de las «individualidades» que él estudia es, a la vez, una expresión del «todo» y una combinación de los elementos que constituyen ese todo. Solamente dilucidando el «nexo» (*Zusammenhang*) que los une en una configuración singular, podría obtenerse una «imagen» satisfactoria del conjunto. «Así pues, para acercarse a la verdad histórica, es necesario recorrer simultáneamente dos vías: la investigación rigurosa, imparcial y crítica de lo que ha ocurrido y la síntesis del campo explorado, la intuición de todo lo que no es posible alcanzar por esos otros medios.» Según Humboldt, en esta actividad de «síntesis» se concentran todas las dificultades del «oficio». El historiador sólo podría alcanzar la verdad «completando y relacionando las piezas y los fragmentos que le ofrece la observación inmediata». Sólo su «intuición», su «imaginación creadora» le permitirá restituir «el nexo vital» que suelda los diversos elementos en un todo orgánico, pero que permanece invisible para la observación inmediata. Humboldt insiste en la actividad creadora que ha de demostrar el verdadero historiador. Primero, éste ha de «separar lo necesario y lo contingente, revelar la consecuencia interna, para que su exposición [...] satisfaga la exigencia primera y esencial de verdad y de fidelidad que es la suya». Pero para acceder a la verdad, el historiador ha de ser, además, un poeta, pues sólo el lenguaje poético permite «devolver la vida» a los mundos que han desaparecido. Distinto del artista por subordinar su actividad creadora a la investigación de la realidad, el historiador se asemeja a él por cuanto que ofrece, gracias a su genio, «cuadros» del pasado cuya originalidad estriba esencialmente en la forma de combinar los elementos sobre el lienzo. La importancia otorgada a este poder de evocación se debe a que las «huellas» del pasado con las que trabaja el historiador son espíritu hecho materia, vestigios que han perdido «su carácter espiritual». Tiene, pues, que buscar la vida tras las huellas que ésta nos ha dejado. De ahí la importancia que Humboldt otorga al proceder

comprendido. «El historiador cumple tanto más perfectamente su oficio cuanto más profundamente comprende —mediante su genio y el estudio— la humanidad y su obrar.» Para Humboldt, aparentemente esta tarea es imposible: «cuando un abismo infranqueable separa dos seres, ninguna comprensión es capaz de tender un puente entre ellos», pues «para comprenderse mutuamente, es necesario haberse comprendido ya en otro sentido». No obstante, «en historia, ese fundamento previo de la comprensión es perfectamente evidente, pues todo lo que obra en la historia mundial obra también en el interior del hombre». Es porque el historiador es también un ser humano por lo que es capaz de alcanzar esa «pre-comprensión», gracias a la cual puede esperar conocer mejor el pasado de la humanidad.

Si he citado extensamente este texto, es porque hallamos en él, de forma extremadamente condensada, los elementos fundamentales de la definición «hermenéutica» de la historia que las posteriores generaciones de historiadores y filósofos no harán sino enriquecer. Desde la Monarquía de Julio, esta definición ha sido adoptada por los historiadores franceses. La importancia otorgada a la crítica de fuentes, el rechazo del racionalismo abstracto de la Ilustración, el papel esencial atribuido a la escritura de la historia son características compartidas por Barante, Augustin Thierry y Michelet (al que entonces se le llamaba «Señor Símbolo»). Pero es Renan quien rinde el mayor homenaje a «la Escuela histórica alemana». *El porvenir de la ciencia*¹³ es un conmovedor elogio de la erudición germánica, de la gramática comparada, de la mitología y de la filología. Convencido también de que el objetivo de la historia es ofrecer «la intuición verdadera de la humanidad», Renan está de acuerdo con la idea de que la tarea primordial del historiador es aprehender el todo como combinación particular de sus elementos. No obstante, y veremos después la importancia de este punto, las reflexiones de Renan deben más a Hegel que a Humboldt. Renan concibe la historia en una perspectiva teleológica, como una dialéctica del devenir organizada en tres grandes etapas. En los primeros tiempos de la humanidad, todos los elementos están enlazados entre sí en un sincretismo confuso. La progresiva separación de los elementos caracteriza la edad del «análisis» que prepara la era de la «síntesis», el «gran cuadro definitivo [...] que vuelve a ensamblar esas partes

¹³ E. Renan, «L'Avenir de la science», en E. Renan, *Histoire et parole*, R. Laffont, 1984, págs. 247-297 (1.ª ed., 1890). La obra fue redactada durante los años 1848-1849, pero no se publicó hasta treinta años después. (Trad. esp.: *El porvenir de la ciencia*, Madrid, 1976.)

aisladas que, habiendo vivido separadamente, tienen ya conciencia de sí mismas, y las integra de nuevo en una unidad superior». Sincretismo, análisis y síntesis corresponden a las tres edades del conocimiento, pero ningún sabio podría recorrerlas todas por sí mismo. Dado que la ciencia de la historia se halla todavía en la infancia, el historiador del siglo XIX permanece encerrado en el estadio del análisis. «Quien ha hecho el análisis no hace la síntesis. A cada cual su trabajo, tal es la ley de la historia.»

La formación de las comunidades profesionales nacionales

Desde comienzos del siglo XIX, han quedado firmemente establecidos dos elementos esenciales del «paradigma» de la historia-ciencia. En primer lugar, la filosofía de la Ilustración ha elaborado un nuevo concepto de historia que designa a la vez la «realidad» del pasado y su «representación». De ahí la ambigüedad semántica que explica la importancia de los presupuestos «empiristas» compartidos por la mayoría de los historiadores desde hace dos siglos. Inmediatamente después, los representantes de «la Escuela histórica alemana» logran establecer —contra la filosofía de la historia— la legitimidad de la investigación histórica empírica, introduciendo una primera codificación de las «tareas» prácticas realizadas por el historiador. Pero pese a la creación de algunas cátedras de historia en las universidades, en esa época no existe una verdadera «comunidad profesional». Los historiadores todavía son, antes que nada, «autores», se dedican a la producción de una obra personal. Para entender las razones de la aparición de las «ciudades del saber» a fines de siglo, hay que decir algo acerca de esa nueva transformación radical del pensamiento que representa el «positivismo».

Filosofía positiva y «positivismo»

El término «positivismo» pertenece al vocabulario que los historiadores han tomado de los filósofos para, la mayoría de las veces, hacer de él un uso peyorativo. Evaluar exactamente el papel jugado por esta corriente de pensamiento en la constitución del «paradigma» de la historia, sólo es posible si se toma conciencia de los aspectos novedosos de la «filosofía positiva» de Auguste Comte. En relación con lo que aquí nos ocupa, el punto esencial es la nueva relación que él estable-

ce entre filosofía e historia, en ruptura con el «historicismo» anterior. Aunque Comte sigue siendo prisionero de una concepción «teleológica» del progreso, su «ley de los tres estadios», resituada en su contexto, es de una importancia decisiva, pues rechaza las especulaciones teológicas y metafísicas que dominaban la reflexión sobre la historia en el período anterior¹⁴. Comte se esfuerza por integrar en su reflexión la contradicción mayor que origina, ante sus ojos, la revolución industrial, que fortalece el prestigio de la ciencia pero que agrava la pobreza y el malestar social. Su concepción del conocimiento científico obedece a una nueva definición de «la objetividad». La ciencia produce conocimientos a los que se considera «verdaderos» en la medida en que son verificados experimentalmente, gracias a métodos de investigación que introducen hipótesis teóricas. Dado que se trata de una actividad especializada, el método científico es necesariamente colectivo, pues se basa en la división del trabajo y en la cooperación de los investigadores en el seno de la «ciudad del saber». Esta valoración del método empírico no significa, sin embargo, que la filosofía abdique de sus prerrogativas. Al contrario. Comte no condena la filosofía de la historia más que para establecer la primacía de la filosofía de la ciencia. Puesto que, según él, todas las ciencias están sometidas a un método único y deben producir leyes, es competencia del filósofo determinar los criterios universales sobre los que se funda el conocimiento científico. Evidentemente, el homenaje que se rinde a la investigación empírica ya no permite tratar a quienes se dedican a ella a «tiempo completo» con la arrogancia de la que Hegel dio prueba. Comte concibe las relaciones entre filósofos e investigadores sobre una base igualitaria. Para atenuar las consecuencias negativas de la división del trabajo, exige que «en adelante los otros científicos, antes de entregarse a sus respectivas especialidades, se tornen aptos, mediante una educación que abarque el conjunto de los conocimientos positivos, para aprovechar inmediatamente las luces propagadas por los científicos consagrados a los conocimientos generales e, inversamente, para rectificar sus resultados, situación a la que los científicos de hoy se aproximan visiblemente día a día»¹⁵. Sin embargo, estas hermosas palabras no le impiden elaborar una jerarquía del saber que restablece la soberanía de la filosofía en detrimento del conocimiento histórico, situado

¹⁴ N. Elias considera que su importancia es «comparable a la de la revolución copernicana», *Qu'est-ce que la sociologie?*, Pandora, 1980, pág. 47 (1.ª ed. 1970).

¹⁵ Citado por N. Elias, *op. cit.*, pág. 53.

en lo inferior de la clasificación, en razón de su carácter denominado «concreto» y su incapacidad de producir leyes¹⁶.

Otro aspecto fundamental de la filosofía positiva, por lo que aquí nos concierne, reside en la importancia que Comte otorga a la elaboración de una ciencia de la sociedad, la «sociología», concebida a partir del modelo de las ciencias de la naturaleza y a la que atribuye el fin supremo de ayudar a los hombres a resolver los males del mundo moderno¹⁷. Mientras que hasta entonces la historia era la única disciplina consagrada al estudio empírico de las actividades humanas, Comte le enfrenta una competidora tanto más temible cuanto que sólo ésta puede hacer alarde de científicidad. Desde este punto de vista, la historia consagrada al estudio de las «singularidades» no puede ser más que un «lugar de observación» o un «campo de maniobras» al servicio de la ciencia social.

Viviendo aún Comte, el «positivismo» se extiende por toda Europa bajo un gran número de variantes. Aquí nos conformaremos con enumerar aquellas que desempeñarán un papel directo en la primera gran «crisis de la historia», que estalla con el cambio de siglo. Primero es en Gran Bretaña donde los proyectos de constitución de una ciencia de la sociedad hallan un eco mayor. Marx elabora su «materialismo histórico» con el objetivo de determinar las «leyes de la historia» y de guiar al movimiento obrero en sus luchas revolucionarias. Spencer se apoya en el darwinismo para elaborar su sociología evolucionista. John Stuart Mill, uno de los primeros discípulos de Comte, se interesa más concretamente por los aspectos lógicos de la investigación científica, desarrollando análisis que constituyen el punto de partida de la reflexión moderna sobre el problema de la causalidad. En Alemania, la discusión se centra fundamentalmente en el problema de la clasificación comtiana de las ciencias, desembocando en la oposición entre «ciencias de la naturaleza» y «ciencias del espíritu» teorizada por Dilthey. Bajo el Segundo Imperio, el «naturalismo» —que científicos

¹⁶ Comte distingue entre las ciencias abstractas o generales capaces de producir leyes (como la fisiología) y las ciencias particulares, que no hacen sino aplicar esas leyes (es el caso de la zoología respecto de la fisiología).

¹⁷ Si Comte sitúa la sociología en lo más alto de su jerarquía de las ciencias, es porque el «positivismo» constituye también un proyecto político. Determinando las leyes de la acción social, el sociólogo no sólo da soluciones a la «cuestión social», sino que además ofrece la posibilidad de dirigir científicamente la sociedad. Sobre esta doble dimensión de la obra de Comte, cfr. A. Petit, *Heurs et malheurs du positivisme comtien. Philosophie des sciences et politique scientifique chez Auguste Comte et ses premiers disciples (1820-1900)*, Tesis doctoral, Universidad de París I, 1993 (mecanografiado).

como Pasteur, Claude Bernard y Marcelin Berthelot¹⁸ contribuyen a difundir a través de sus discursos y sus escritos sobre la ciencia— se presenta como la principal contribución francesa al «positivismo». Este entusiasmo se apodera de la pintura, de la literatura, pero también de la historia. Es la época en la que Fustel de Coulanges sostiene que «la historia es pura ciencia, una ciencia como la física o la geología. Su único objetivo es establecer hechos, descubrir verdades»¹⁹. Distanciándose un poco del idealismo hegeliano de su juventud, Renan aboga, en el prólogo a su famosa *Vida de Jesús*, por una historia experimental comparable a la química y a la fisiología²⁰. Pero es Taine (muy ligado a Claude Bernard y a Marcelin Berthelot) quien va más lejos en este sentido. En 1866, en el prólogo a la segunda edición de sus *Ensayos de crítica y de historia*, hace la apología del «método moderno» que «comienza a introducirse en las ciencias morales», apoyándose explícitamente en la teoría de la inducción desarrollada por John Stuart Mill²¹. Exige a los historiadores que empiecen a examinar los fenómenos históricos «como hechos y productos de los que hay que señalar las características y buscar las causas; y nada más»²², a estudiar la diversidad y la heterogeneidad aparentes de los productos de la cultura a fin de determinar sus leyes. Para avanzar hacia esa meta, propone un método de trabajo basado en cuatro operaciones: el análisis (descubrir y aislar los hechos), la clasificación, la definición (que expone los rasgos característicos de los hechos aislados) y la valoración de las relaciones entre las definiciones, constituyendo la «síntesis» las tres últimas operaciones. A partir de estos principios, Mill llega a su famosa trilogía raza/medio/momento, que pretende explicar todas las configuraciones culturales de la historia.

¹⁸ C. Bernard, *Introduction à la médecine expérimentale*, Flammarion, 1984 (1.ª ed., 1863). M. Berthelot, *La chimie organique fondée sur la synthèse*, Mallet-Bachelier, 1860.

¹⁹ Citado por F. Hartog, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, PUF, 1988, pág. 341.

²⁰ E. Renan, *Vie de Jésus*, en *Oeuvres Complètes*, ed. cit., t. 4, 1949 (1.ª ed., 1863). (Trad. esp.: *Vida de Jesús*, Madrid, 1981.)

²¹ H. Taine, *Essais de critique et d'histoire*, Hachette, 1923, pág. III (1.ª ed., 1858). Sobre esta coyuntura historiográfica, cfr. C. O. Carbonnel, *Histoire et historiens, une mutation idéologique des historiens français, 1863-1885*, Toulouse, Privat, 1976.

²² H. Taine, *Philosophie de l'art*, citado por E. Cassirer, *Logique des sciences de la culture*, Cerf, 1991, pág. 167 (1.ª ed., 1942). Cassirer analiza desde un punto de vista lógico las razones del fracaso de Taine, y muestra que éste, en sus investigaciones literarias, no pudo utilizar los conceptos tomados de las ciencias naturales más que sometiéndolos a un radical cambio de sentido. (Trad. esp.: H. Taine, *Filosofía del arte*, Madrid, 1957; E. Cassirer, *Las ciencias de la cultura*, México, 1965.)

La profesionalización

Contribuyendo al entusiasmo general por la ciencia, el «positivismo» estableció nuevos objetivos para la investigación histórica. Establecer los «hechos» ya no significa hallar las manifestaciones de la Idea, sino buscar la verdad «por sí misma», aplicando los principios de la ciencia²³. Los historiadores adoptan tanto más rápidamente estas nuevas reglas cuanto que se benefician del creciente e intenso apoyo que los gobiernos de los países desarrollados prestan a la investigación científica. En las universidades se crea un gran número de cátedras que posibilitan la constitución de las primeras «comunidades profesionales». El prestigio de la ciencia no es la única razón que explica el apoyo que la historia recibe de los poderes públicos. La guerra franco-alemana de 1870 acelera el proceso de «nacionalización» de las sociedades europeas. Por eso los Estados exigen ahora a sus historiadores que participen activamente en la elaboración y difusión de la memoria colectiva, fundamento de la identidad nacional. En el capítulo 6 analizaremos más detalladamente la aparición de esta «profesionalización» de la historia en relación con Francia. Limitémonos aquí al examen de sus aspectos más importantes y más universales. El historiador «de oficio» es un asalariado (generalmente es funcionario, pero también puede depender de una institución privada) que ejerce actividades investigadoras y docentes, siendo el objetivo de estas últimas transmitir a los más jóvenes los conocimientos acumulados por las generaciones anteriores. Los estudiantes sólo pueden aspirar a pertenecer a la profesión si han adquirido una formación especializada. Ésta desemboca en la realización de una tesis que ha de poner en práctica las normas de científicidad propias de la disciplina. Todos los miembros de la comunidad se comunican entre sí gracias a la existencia de una (o varias) revista especializada y se agrupan en una (o varias) asociación profesional, cuyo objetivo es defender sus intereses frente a poderes externos. La multiplicación de los puestos va acompañada de una jerarquización de las funciones que permite dar sentido a la noción de «carrera universitaria».

²³ En el caso de Francia, la fuerza que adquirió el «positivismo» a partir de 1870 se debe al hecho de que la Tercera República lo convierte prácticamente en la ideología oficial del régimen, por oposición al catolicismo.

Este proceso de institucionalización representa una etapa fundamental en la emergencia de la historia-ciencia. Como subraya Kuhn, «la creación de revistas especializadas, la fundación de sociedades de especialistas y la reivindicación de un lugar especial en el conjunto de los estudios están generalmente ligadas al momento en que un grupo encuentra por vez primera un paradigma único»²⁴. Momento decisivo no sólo para el oficio de historiador, sino también para la definición del saber histórico. El examen de los principales escritos publicados a fines del siglo XIX por los «padres fundadores» de la historia universitaria francesa, nos permitirá mostrar cómo los elementos esenciales que, según Humboldt, definían la «tarea del historiador» fueron reestructurados entonces en función de las exigencias del «positivismo» y de la profesionalización, para formar el «paradigma» de la ciencia histórica tal como se ha practicado hasta hoy. La nueva perspectiva aparece ya claramente en el texto de presentación que Gabriel Monod publica abriendo el primer número de la *Revue Historique*, el órgano cuasi oficial de la nueva comunidad profesional²⁵. Lo que primero llama la atención en este texto es que no ofrece ninguna definición explícita del ámbito de conocimiento que propone estudiar. Para Monod, la historia es una forma del saber aporofémica, pues su origen se remonta a la noche de los tiempos. Por eso, para ubicar su proyecto y subrayar su novedad, se limita a recordar detalladamente las diferentes etapas que han marcado los progresos del conocimiento histórico. El silencio en torno a la definición de «el objeto» de la historia es para Monod una forma de cerrar la etapa de las polémicas con los filósofos. Ya no es cuestión de refutar los argumentos de la filosofía, inten-

²⁴ T. S. Kuhn, *op. cit.*, pág. 41. La definición puramente «discursiva» del concepto de «paradigma» en la que se apoya Carlo Ginzburg, «Traces», *op. cit.*, pág. 268, no le permite ver que el verdadero acontecimiento que transforma radicalmente la investigación histórica a fines de siglo es la profesionalización, y no lo que él llama el «paradigma del indicio», que es una invención de la Escuela histórica alemana. Cuando Ranke define la historia como el «desciframiento de jeroglíficos sagrados», se sitúa ya en la lógica de la interpretación indiciaria. La ruptura «positivista» tiene como principal efecto su «laicización», impulsando a los historiadores a interpretar los indicios como signos de la actividad humana y no como la huella de la Providencia. Pero lo más importante, como veremos después, es tal vez que a fines de siglo el desciframiento de los indicios no obedece ya a un razonamiento de tipo «metonímico» (en el que cada elemento es considerado como expresión del todo), sino a un razonamiento «analítico», que sitúa la interpretación bajo la dependencia de una organización colectiva del trabajo histórico.

²⁵ G. Monod, «Introduction: du progrès des études historiques en France depuis le XVI^e siècle», *Revue Historique*, 1, enero-junio, 1876, págs. 5-38 (todas las referencias están extraídas de esta edición). Una nota precisa: esta exposición «es al mismo tiempo la introducción y el programa de nuestra revista».

tando reemplazarla, como había hecho Ranke. Son las mismas «intenciones últimas» de la filosofía lo que se rechaza. Puesto que la historia es una ciencia empírica, como la física o la fisiología, ya no necesita a la filosofía²⁶. La segunda característica fundamental del «manifiesto» redactado por Gabriel Monod es que toda la «ciencia de la historia» que él propone está contenida en su «método», lo que justifica el calificativo de «metodocista» que a menudo se ha dado a esta generación de historiadores. Además, si bien las innovaciones de la Escuela histórica alemana constituyen el punto de partida, ahora se las reinterpretan en función de las nuevas normas científicas. En su presentación, Monod insiste particularmente en el hecho de que el historiador despliega una actividad especializada que requiere un contacto *directo* con las fuentes. Desde las primeras líneas del prólogo que abre el primer número de la *Revue Historique*, sus directores, Fagniez y Monod, subrayan que ésta no admitirá más que «trabajos originales y de primera mano» que pongan en práctica los métodos de exposición «estrictamente científicos, donde cada afirmación esté acompañada de pruebas, de referencias a las fuentes y a las citas, excluyendo rigurosamente las generalidades vagas y los ejercicios de oratoria». Además, fiel a las tesis defendidas por Claude Bernard, Monod considera que toda investigación especializada supone la adopción de un método «inductivo», que va de lo «particular» a lo «general»²⁷. «Se ha entendido», escribe en su «Introducción», «el peligro de las generalizaciones prematuras, de los vastos sistemas *a priori* que pretenden abarcarlo y explicarlo todo [...] Se ha comprendido que la historia ha de ser objeto de una investigación lenta y metódica, en la que se avance gradualmente desde lo particular a lo general, desde el detalle al conjunto; en la que se esclarezcan sucesivamente todos los puntos oscuros, para obtener finalmente cuadros completos y poder establecer ideas generales, susceptibles de ser probadas y verificadas, acerca de conjuntos de hechos

²⁶ La influencia de Claude Bernard es aquí manifiesta. Volviendo contra Auguste Comte los argumentos que éste había esgrimido contra las especulaciones filosóficas anteriores, C. Bernard escribe: «la tarea del fisiólogo, como la de todo científico, es buscar la verdad por sí misma sin querer engarla en instrumento de control de tal o cual sistema filosófico. En este caso, el mejor sistema filosófico es no tener ninguno», C. Bernard, *Principes de médecine expérimentale*, PUF, 1987, pág. XXXIII (1.^a ed., 1947).

²⁷ Claude Bernard escribe: «las mayores verdades científicas hunden sus raíces en los detalles de la investigación experimental, que constituyen de alguna manera el suelo en el que esas verdades se desarrollan». Y lamenta que estos detalles sean «tan frecuentemente ignorados y despreciados por los falsos científicos que se llaman a sí mismos generalizadores», *Principes...*, ed. cit., pág. XII.

perfectamente constatados». El problema de las relaciones entre el «análisis» y la «síntesis» vuelve a pensarse en el marco de esta nueva concepción de la investigación científica, entendida como movimiento ascendente desde lo «particular» a lo «general». En verdad, entre los historiadores de comienzos de siglo no se planteaba la cuestión de cómo el investigador puede generalizar observaciones particulares, puesto que cada época, cada cultura, era considerada como una experiencia que cada época, cada cultura, se presentaba como una tarea infinita, y el historiador no podía esperar revelar todas las configuraciones singulares de la Idea. *El porvenir de la ciencia* constituye, al menos en Francia, el principio de una verdadera reflexión de los historiadores sobre el paso desde lo «particular» a lo «general». Pero, como hemos visto, Renan lo entendía en los términos de la dialéctica hegeliana, haciendo del análisis y de la síntesis dos edades *successives* de la historia de la humanidad. A fines de siglo, como atestigua la célebre obra que Charles-Victor Langlois y Charles Seignobos publican sobre el «método histórico»²⁸, esta perspectiva es rechazada en favor de un enfoque fuertemente marcado por los principios del «positivismo». A primera vista, su perspectiva se sitúa en la línea de la concepción humboldtiana. «Hay que aislar los hechos para *constatlos*, y unirlos para *comprenderlos*», escriben los dos autores. Además, reconocen explícitamente su deuda con Savigny y Niebuhr, que fueron los primeros en valorar los «nexos» (*Zusammenhang*) que unen, en la realidad, los diferentes tipos de actividad. Langlois y Seignobos asumen la idea de que cada «época» y cada uno de los «mundos» estudiados por el historiador constituyen una totalidad cuyos elementos sólo tienen sentido en relación con el «todo». No obstante, en su obra «análisis» y «síntesis» se integran en una lógica de pensamiento totalmente imbuída de los principios «naturalistas». El signo más evidente de esta reinterpretación es la primacía que ahora se concede al análisis. Humboldt insistía en la síntesis porque sólo ella podía poner de relieve la *relation vital* que une a todos los elementos del mundo estudiado comprendiendo

²⁸ C. V. Langlois y C. Seignobos, *Introduction aux études historiques*, Kime, 1992, con prólogo de Madeline Kébetoux (1.ª ed., 1898). (Mis referencias, salvo que se indique lo contrario, remiten a la primera edición.) Si este manual ha desempeñado un papel esencial en la definición del «paradigma» histórico, no es sólo debido a su amplia difusión, sino también a la importancia que concede a los «conocimientos fácticos» que ha de poseer el verdadero historiador. Para los autores, sólo quienes se han familiarizado con los documentos «están en posesión de nociones intransmisibles que, por lo general, les permiten criticar mejor los nuevos documentos» (pág. 40). (Trad. esp.: *Introducción a los estudios históricos*, Buenos Aires, 1972.)

su forma particular. Pero esta noción de «relación vital» ha sido desarticulada por la crítica naturalista. En sus escritos científicos, Berthelot señala que la antigua química según el cual cada cuerpo contiene una «fuerza vital». Víctima de este prejuicio, aquella consideraba que era imposible reproducir o repetir la naturaleza. La química orgánica, en cambio, añade Berthelot, ha demostrado que la ciencia puede producir perfectamente nuevas sustancias mediante un trabajo de «análisis»; que consiste en *aislar* ciertos elementos presentes en las sustancias naturales, para después *purificarlos*, antes de *combinarlos* y obtener una nueva «síntesis». La definición del método histórico que ofrecen Langlois y Seignobos se adhiere a esta nueva perspectiva. Lo esencial, a partir de ahora, no es ya evocar una «forma» que haga concreta una Idea, ni la dialéctica del despliegue del pensamiento en el tiempo. Lo que cuenta, ante todo, es realizar *operaciones* sobre los materiales. De ahí el estatuto privilegiado que adquiere entonces el análisis. Los procedimientos de crítica «externa» e «interna» tienen como objetivo «aislar» y «purificar» el hecho, a partir de la masa de materiales reunidos para su estudio. Solamente después de haber cumplido este largo y minucioso trabajo puede el historiador realizar la «síntesis», es decir, comparar, relacionar, agrupar los hechos en marcos generales y en «cuadros» que están más próximos a la tabla de Mendeleiev que a las «obras de arte», como soñaban los historiadores de la primera mitad del siglo. En consecuencia, el historiador ya no puede ser un poeta. En su «introducción», Monod afirma ya claramente que «el estilo no consiste en redondear frases sonoras, sino en revertir el pensamiento de la forma conveniente» (pág. 320). Así como en química los símbolos expresan la identidad de una sustancia, así también en historia las palabras han de estar lo más cerca posible de la realidad que representan. Ciertamente, Langlois y Seignobos afirman que «el desprecio por la retórica, el oropel y las flores de papel no excluye el gusto por el estilo puro y enérgico, vigoroso y pleno». Pero los autores justifican esta concesión a la literatura precisando que, si el historiador «no tiene derecho a escribir mal», es debido a «la extrema complejidad de los fenómenos de los que intenta dar cuenta» (pág. 273).

La solidaridad profesional como solución práctica al problema de «la objetividad» del saber histórico

La definición «naturalista» de la relación análisis/síntesis en historia ya había sido esbozada por Taine, en términos mucho más filosóficos, en las postmateras del Segundo Imperio. Si a fines de siglo ad-

bajo la dirección de sus profesores, pero se consiguen fundamentamente al trabajo de síntesis, dedicando todo su tiempo a estudiar estas monografías «con el fin de integrarlas científicamente en conclusiones generales» (pág. 277). Gracias a la cooperación de los especialistas en cada materia, pueden elaborarse obras que ofrecen una visión de conjunto, cuyo modelo ideal es la célebre *Historia de Francia* en varios volúmenes, dirigida por Ernest Lavisse²⁹. Los mismos principios aparecen claramente en el balance de la investigación histórica francesa que Pierre Caron y Philippe Sagnac redactan para el Congreso Internacional de Ciencias Históricas que iba a celebrarse en Roma en 1902³⁰. Después de subrayar que «las síntesis muy generales sólo se realizan en colaboración», exigen que «los trabajadores, en lugar de producir aisladamente, se conozcan más, sepan en todo momento lo que se hace cerca y lejos de ellos, sean verdaderamente solidarios unos con otros, no sólo en cada país, sino en el mundo entero». Lamentan que «el entendimiento, la solidaridad y la disciplina científica» sean tan débiles en historia. «Es necesario que la colaboración, al menos con vistas a la publicación de documentos, pase de ser algo aceptado a ser algo habitual, que las relaciones entre los historiadores que exploran un mismo ámbito o ámbitos próximos sean mucho más frecuentes, que la comunicación entre los trabajadores, hasta ahora demasiado fortuita, sea en adelante regular y constante»³¹.

Estas reflexiones demuestran la importancia que entonces adquiere para los historiadores el principio de «solidaridad»³². Ciertamente, esta exaltación de la colectividad es una manera de reforzar el proceso de profesionalización en el que está inmersa la disciplina. Pero también puede interpretarse como una respuesta al desafío «epistemológico» lanzado por la filosofía. Implícitamente, los historiadores «metodistas» consideran ya que la historia es una disciplina científica, pero no porque obedezca a unos principios teóricos que supuestamente ri-

²⁹ E. Lavisse (dir.), *Histoire de France*, Hachette, 1900-1911 (3 vols.).

³⁰ P. Caron y P. Sagnac, *L'état actuel des études d'histoire moderne en France*. Publicación de la *Revue d'histoire Moderne et Contemporaine*, 1902.

³¹ La Sociedad de Historia Moderna se creó en 1901 precisamente para poner en práctica este ideal colectivo.

³² Esta tendencia no es exclusiva de Francia. Peter Novick muestra que la formación, a fines del siglo XIX, de la comunidad profesional de los historiadores americanos, supone, también allí, una valorización de la solidaridad y del trabajo colectivo. P. Novick, *op. cit.*, págs. 52 y ss.

quiera un sentido nuevo, es porque la institucionalización de la disciplina ha permitido el surgimiento de una ideología profesional que exalta los intereses colectivos de la nueva comunidad. En adelante el historiador ya no será considerado como un «autor», sino como un «obrero de la ciencia» (Charles-Victor Langlois). Este es el cambio radical respecto a comienzos de siglo. El historiador ya no elabora una «obra» personal concebida como un todo, sino que explora una parcela del saber que sólo adquiere sentido en el marco de la colaboración de todos los investigadores. En su «Introducción», Gabriel Monod no aborda la cuestión de «el objeto» de la historia, ni la retienda a sus «fundamentos científicos»; en cambio, subraya desde un principio que el objetivo primordial de la *Revue Historique* es estrechar los lazos entre los miembros de la nueva comunidad. La revista quiere publicar trabajos originales, «pero además, y sobre todo, servir de vínculo entre todos aquellos que consagran sus esfuerzos a la vasta y múltiple investigación de que la historia es objeto, haciéndoles sentir su solidaridad». Su ambición es «formar con el ejemplo de un buen método a los jóvenes que quieren incorporarse a la profesión de historiador, alentar y apoyar a quienes ya están en ella, servir a todos como foro y como centro de información». La continuación del texto prueba la importancia que Monod atribuye a la dimensión colectiva de la investigación histórica: «Todos los que se entregan a ella son solidarios unos con otros; trabajan en la misma obra, ejecutan diversas partes de un mismo plan, tienen un mismo objetivo.» La relación de lo «particular» con lo «general» se entiende ahora en términos de esta nueva organización del trabajo. En su «manifiesto» —publicado en un momento en que la «profesionalización» de la historia apenas ha comenzado— Monod concibe todavía las relaciones entre «analisis» y «síntesis» como una distribución de tareas en el tiempo, entre sucesivas generaciones. Bajo la influencia de Renan, también él piensa que la hora de la «síntesis» aún no ha llegado. «Pese a todos los progresos realizados, nos hallamos todavía en fase de preparación, de elaboración de los materiales que después servirán para construir edificios históricos más vastos.» Veinte años después, Langlois y Seignobos hacen de la relación análisis/síntesis el resultado de una división del trabajo «horizontal», que organiza las relaciones entre los diferentes niveles de la comunidad profesional. El análisis es tarea de los historiadores más jóvenes, que aplican las reglas del método estudiando directamente las fuentes con los instrumentos elaborados por los especialistas en técnicas de erudición (archiveros, bibliotecarios, etc.). Realizan así investigaciones de carácter monográfico (la tesis),

nes fundamentales de la importancia atribuida al «método histórico». Langlois y Seignobos recuerdan con cierto deleite que la crítica de fuentes desarrollada en Francia por la *Revue Critique d'Histoire et de Littérature* (creada en 1866) ha permitido resolver, casi siempre de modo cierto, los problemas referidos a la naturaleza de un documento, a su datación, a su grado de autenticidad, y que ha puesto fin a la laxitud antes reinante en el uso de los archivos, «sancionando públicamente a los eruditos sin conciencia o sin método» (pág. 113). Estos procedimientos técnicos hicieron posible alcanzar conocimientos admitidos por todos los historiadores, mientras que las grandes interpretaciones contemporáneas, como las de Augustin Thierry, Michelet o Taine, nunca serán objeto de consenso en el seno de la comunidad.

Como vemos, es asimismo en función de estas nuevas reglas co-lectivas como los historiadores «metodociclistas» juzgan a la generación anterior de «historiadores, filósofos, generalizadores y artistas», para decirlo con las palabras de Gabriel Monod. En su «manifiesto» de 1876, el principal reproche que el dirige a estos últimos es precisamente no haberse integrado en el seno de una comunidad profesional. El handicap de la historiografía francesa en relación con Alemania durante la primera mitad del siglo XIX, se imputa a la falta «de toda disciplina científica general, de toda autoridad rectora, de estas reglas metodicas, de estos hábitos de trabajo colectivo que procura la formación universitaria superior». Nombrando a Michelet, a Augustin Thierry y a Guizot, Monod lamenta que hayan sido «casi todos autodidactas; no han tenido maestros y no forman discípulos. Marcan la historia con la impronta de su temperamento, de su personalidad. Por lo común, incluso los más eruditos de entre ellos, son escritores antes que científicos [...] En sus escritos, lo que les importa no son tanto los hechos mismos cuanto la forma que les confieren» (pág. 317). La amplia polémica que enfrenta a Monod y a Fustel de Coulanges a lo largo de este período refleja incomprensiones que, a mi juicio, sólo pueden explicarse por la ruptura provocada por la institucionalización de la disciplina. Anteriormente, el historiador tenía un estatuto muy cercano al del escritor. A partir de ahora, el historiador se entiende a sí mismo fundamentalmente como un investigador que pertenece a una «ciudad del saber». De este modo, las mismas palabras cambian de sentido, como observa amargamente Fustel de Coulanges en relación con el término «análisis». Mientras que para él, el análisis es una etapa en la elaboración de una obra individual, para los «metodociclistas» designa una parcela de un saber colectivo. Idéntica incomprensión se

gen todas las disciplinas, sino porque, a nivel práctico, su organización es idéntica a la de las ciencias de la naturaleza. Se basa en una divión del trabajo que permite la producción de un saber especializado (el «método»), gracias al cual se elaboran hechos susceptibles de verificación. Y la cooperación del conjunto de investigadores hace posible compensar la fragmentación del saber que es consecuencia de la especialización. De este modo, un conocimiento histórico ya no puede considerarse «verdadero» porque haya sido producido según reglas tomadas de la naturaleza, como afirmaba Taine, sino porque es aceptado como tal por el conjunto de los historiadores competentes. Defender el carácter científico de la historia es pues, necesariamente, defender la práctica colectiva de la investigación. De ahí la importancia primordial que los historiadores «metodociclistas» atribuyen a la cuestión del «buen entendimiento» entre los «trabajadores de un mismo ámbito». En el texto de Monod, el principio de «comprensión» tiene un sentido mucho más amplio que el que tenía en Humboldt medio siglo antes. Ciertamente, Monod asume la idea de que «el historiador no puede [...] comprender el pasado sin cierta empatía, sin dejar a un lado sus propios sentimientos e ideas para apropiarse por un instante de los sentimientos de los hombres de otro tiempo, sin ponerse en su lugar, sin juzgar los hechos en el medio en que se producen». Incluso insiste en el papel que tiene la «comprensión» en la consecución de la «objetividad» entendida como «imparcialidad»³³. Pero para Gabriel Monod, la «comprensión» es también una norma de comunicación que ha de imponerse en las discusiones entre científicos. Por eso, aun cuando crítica a los historiadores de las generaciones precedentes o a sus adversarios, los historiadores del partido católico, Monod siempre intenta «ponerse en su lugar», para comprender la verdad supone un acuerdo entre historiadores competentes, entonces es necesario que los principios sobre los que se basa su actividad científica sean «objetivos» (es decir, indiscutibles). Esta es una de las razo-

³³ El papel del historiador «consiste ante todo en comprender y explicar, no en alabar o condenar». Por eso «no se acusa a la monarquía en nombre del feudalismo, ni al 89 en nombre de la monarquía», G. Monod, *op. cit.*, pág. 138.

cial» de su disciplina. Para ellos, el principio de solidaridad constructiva no sólo una norma fundamental que garantiza la cohesión de su comunidad profesional, sino también la contribución decisiva de la historia a la unidad de la comunidad nacional. Como subraya Gabriel Monod, la función del historiador es poner de relieve «el hecho lógico que une todas las etapas del desarrollo de nuestro país e incluso todas las revoluciones: de ese modo todos se sentirán reñidos de la misma tierra, hijos de la misma raza, sin repudiar nada de la herencia paterna» (pág. 323). La preocupación de imparcialidad se presenta así fuertemente impregnada de otro aspecto esencial de la ideología profesional propia de esta generación de historiadores «metodocistas»: Como funcionarios del Estado francés, cumplen con pundonor sus «servicios al Estado». Por eso, conforme a la misión que les ha adjudicado el poder republicano, sirven a la vez a los intereses de la ciencia y de la nación. «Así es como la historia, sin ponerse *otra vez a la mitad*, y *otra vez a la mitad* que *tra consigo la verdad*, trae baja de forma callada y segura por la grandeza de la Patria y al mismo tiempo por el progreso del género humano» (pág. 323. *Curiosa* en el texto).

LA PRIMERA «CRISIS DE LA HISTORIA» Y SUS SOLUCIONES FILOSÓFICAS

A fines de siglo, bajo los golpes propinados conjuntamente por el «positivismo», el «marxismo», el «darwinismo», y la corriente nietzscheana, el «idealismo historicista» que había dominado la escena filosófica durante la primera mitad del siglo XIX está desacreditado. En adelante ya no es posible considerar la cuestión de «la objetividad» en historia como desocultación de una idea preexistente o como desentramamiento de «jeroglíficos sagrados», para decirlo con una expresión cara a Kante. Habiendo ocupado la Ciencia el lugar de Dios, todo el debate sobre la naturaleza del conocimiento histórico se reorganiza en función de aquella. En tan sólo unas décadas se elaboran las grandes concepciones filosóficas que van a delimitar el espacio en cuyo seno se desarrollarán, hasta hoy mismo, la mayor parte de las discusiones «epistémológicas» sobre la historia. No era posible, ni necesario, analizarlas aquí detalladamente. Sólo aludiré a ellas en la medida en que han desempeñado un papel directo en las transformaciones ulteriores de la disciplina. Para distinguir estas corrientes de pensamiento, partiremos de la división ya mencionada en relación con el debate entre Hegel y Humboldt, refiriéndome primero a los filósofos que conciben la

produce en relación con la «síntesis». Para Fustel, ésta, por definición, no puede ser una labor colectiva. «Imaginad cien especialistas repartidos en lotes el pasado de Francia; ¿cómo seréis realmente que al final habrán escrito la historia de Francia? ¿No tengo serias dudas; si menor les faltará el nexo entre los hechos; ahora bien, ese nexo es también una verdad histórica»³⁴. Afirmación que demuestra hasta qué punto el autor de *La Ciudad Antigua* permanece fiel a la concepción humboldtiana de la historia. Para él, sólo el genio del historiador, su capacidad expositiva, puede dar vida al cuadro por él elaborado. Pero a fines de siglo, la «síntesis» se ha convertido en el momento privilegiado en el que el conjunto de la comunidad se reúne para ofrecer al público el producto de su labor colectiva. Es a la vez la recompensa de quien ha pasado años enteros al servicio del análisis y la expresión de la solidaridad de la comunidad. De ahí las virulentas críticas dirigidas por Langlois y Seignobos a los «divulgadores» que no respetan estas reglas sagradas y que publican síntesis sin haber pasado por el análisis (pág. 115).

La actitud hacia la política ilustra las mismas preocupaciones. Si la producción de la verdad histórica se basa en el consenso de los historiadores competentes, entonces la disciplina ha de mantenerse al margen de las pasiones políticas, factores de divisiones internas. Por eso Monod y Fagniez, en el prefacio en el que se presenta la *Revue Historique*, precisan inmediatamente: «Nuestra pretensión es permanecer independientes de toda opinión política y religiosa.» Y añaden que la nueva revista se dirige «a todos los que, cualesquiera sean sus tendencias particulares, aman la historia y no hacen de ella un arma de combate para la defensa de sus ideas religiosas o políticas». Rechazando las «controversias contemporáneas», su intención es agrupar a los historiadores que practican «el mismo rigor metódico y crítico y la misma imparcialidad de espíritu». «El punto de vista estético y el punto de vista científico en que nos situamos», agregan los dos directores, «basta para conferir a nuestra selección un tono y un carácter unitarios» (pág. 322)³⁵. Pero esta voluntad de autonomía profesional no impide que los historiadores «metodocistas» defendan la «función so-

³⁴ Citado por F. Hantou, *op. cit.*, pág. 346.

³⁵ El deseo de reforzar la autonomía de la «ciudad del saber» lo ilustra también la introducción de un comité patrocinador del que indistintamente forman parte universitarios, archiveros y bibliotecarios representantes de diversas tendencias de la vida intelectual francesa.

«epistemología» como un esfuerzo por dotar a la historia de nuevos fundamentos técnicos. En segundo lugar, examinaré las reflexiones que se presentan como contribuciones al estudio de la lógica de las ciencias y que entienden que su objetivo es únicamente aclarar lo que hacen los historiadores cuando investigan³⁶.

Las dos críticas «positivistas»: el «naturalismo» y la «hermenéutica»

Las corrientes nacidas del «positivismo» pertenecen, evidentemente, a la primera categoría. Dos de ellas tienen una importancia muy especial en el debate sobre la historia: el «monismo naturalista» (o «legista» y la «hermenéutica». Los representantes más eminentes de la primera de estas dos doctrinas son, indiscutiblemente, los filósofos sociólogos durkheimianos. Para ofrecer una idea general de todo lo que los separa de los historiadores, basta comparar el «Trólogo» redactado por Emile Durkheim anunciando la creación de *L'Année Sociologique*³⁷ con la «Introducción» publicada por Gabriel Monod en el primer número de la *Revue Historique*. Mientras que éste, como hemos visto, se sitúa desde un principio en un universo de conocimiento ya ampliamente establecido, Durkheim apela a la creación, a partir de ambitos del saber sobre la sociedad ya constituidos, de una disciplina que todavía no existe. El objetivo de *L'Année Sociologique* es informar a sus lectores de «todas las investigaciones que se realizan en las distintas ciencias particulares» (el derecho y la historia fundamentalmente) en la medida en que tienen que ver con la sociedad. Evidentemente, para saber qué trabajos pueden interesar a una ciencia que no existe, hay que empezar proponiendo criterios que permitan definir esta ciencia. Habiendo sido Auguste Comte el primer filósofo que hizo votos por la constitución de la sociología, no es sorprendente que Durkheim asuma los principios de la filosofía positiva. Dado que el objetivo de toda ciencia es producir leyes explicativas, la sociología sólo podrá considerarse «científica» si es capaz de determinar relaciones universales elevándose por encima de las particularidades propias de cada contexto estudiado. Para Durkheim, la mejor vía de que dispone la

³⁶ He seguido la distinción propuesta por R. Weingarten, «The Quarrel about Historical Explanation», en R. H. Nash (ed.), *Ideas of History*, Nueva York, Dutton, 1969, vol. 2, págs. 140-157.
³⁷ E. Durkheim, «Trólogo», *L'Année Sociologique*, 1, 1898, págs. I-VII.

ciencia social para avanzar en esta dirección es el comparacionismo. El método de las variaciones concomitantes posibles, en efecto, de terminar regularidades estadísticas realizando experimentos indirectos, idénticos, a nivel lógico, a los experimentos que los especialistas de las ciencias naturales realizan en su laboratorio. «La concomitancia constante es, pues, por sí misma una ley, cualesquiera sean los fenómenos excluidos de la comparación [...] En el momento en que se ha comprobado que, en cierto número de casos, dos fenómenos varían uno y otro, puede estarse seguro de que se está en presencia de una ley»³⁸. En el prólogo al primer número de *L'Année Sociologique*, Durkheim afirma claramente que el objetivo de la revista es «ver salir a la sociología de su fase filosófica y ocupar finalmente su lugar entre las ciencias». De este modo, asume los argumentos de los historiadores sobre la necesidad del trabajo empírico. Pero, al mismo tiempo, toma de los filósofos la definición de la ciencia que el opone a los historiadores. El objetivo de su revista es, efectivamente, ayudar a que la historia sea más científica. «Hacer que el historiador supere su punto de vista habitual [...], que tenga en cuenta las cuestiones generales que plantean los hechos particulares que él observa, es servir a la causa de la historia.» De ahí la ambición de «formar historiadores que sepan ver los hechos históricos como sociólogos, o lo que es lo mismo, formar sociólogos que estén en posesión de toda la técnica de la historia». Fustel de Coulanges declaraba: «la verdadera sociología es la historia». Durkheim añade: «nada más cierto, con tal que la historia se practique sociológicamente», pues, añade, «en cierto sentido, todo lo que es histórico es sociológico». La comparación de los dos manifiestos que deterninarán las grandes orientaciones de la historia y de la sociología transcurre durante la primera mitad del siglo XX, evidencia dos posiciones intelectuales radicalmente diferentes. Los historiadores hablan de la ciencia tal cual es, proponiéndose simplemente mejorarla prolongando, en un esfuerzo de solidaridad colectiva que implica a toda su comunidad profesional, el trabajo realizado desde la noche de los tiempos por sus antecesores. Los sociólogos hablan de la ciencia tal y como ellos quisieran que fuese, partiendo de una concepción de la objetividad que supone a la vez una ruptura con las formas de saber ya constituidas y un total rechazo de los proyectos rivales que intentan «fundamentar» las ciencias sociales sobre principios técnicos dife-

³⁸ E. Durkheim, *Les règles de la méthode sociologique*, PUF, 1981, págs. 130 y 132 (1.ª ed., 1894). Trad. esp.: *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre la sociedad*, Madrid, 1988).

consagradas al estudio de la humanidad³⁸. Recogiendo la concepción entre «explicar» y «comprender» introducidas por Dilthey (historiador, discípulo de Hegel), Dilthey profundiza y sistematiza el proceso de «comprender». La especificidad de las ciencias del espíritu, comparadas con las ciencias de la naturaleza, estriba en que su tarea es comprender el significado de la acción humana. El historiador sólo puede avanzar en esta vía si es consciente de que toda la historia se escribe siempre en el presente, desde un punto de vista particular en función del cual el mundo estudiado adquiere su coherencia. Así pues, el investigador no puede, con el pretexto de «objetividad», excluirse a sí mismo del cuadro que quiere pintar; debe asumir el carácter en parte subjetivo de su perspectiva. Su tarea consiste esencialmente en un trabajo de interpretación a través del que se esfuerza por comprender las «experiencias vividas» de los hombres del pasado. Estas experiencias se han «objetivado» en todas las huellas que los hombres han dejado a su paso (los textos escritos, las instituciones, los monumentos) y gracias a las cuales el historiador puede entrar en contacto con el pasado. La importancia atribuida a la comprensión explica el que la obra de Dilthey pueda entenderse como «una psicología de la experiencia interior» y que él mismo haya considerado el mundo histórico «como un texto que hay que descifrar»³⁹. No obstante, si su reflexión está marcada por el «positivismo», es porque en primer lugar Dilthey rechaza los presupuestos del «idealismo historicista». Para Dilthey, la tarea primordial del historiador no es estudiar la «idea» que dominaría una época o una cultura, sino los mundos reales, constituidos por individuos relacionados entre sí por plexos de sentido. Por otra parte, aunque contraponen las ciencias del espíritu a las ciencias de la naturaleza, Dilthey sigue estando convencido, como Comte, de que corresponde al filósofo señalar a los investigadores el camino que han de seguir para llevar a buen término su trabajo empírico. Desde fines del siglo XIX, la historia ocupa el centro de las polémicas que enfrentan entre sí a los partidarios del «monismo naturalista» y a los de la «hermenéutica». A lo largo de todo el siglo siguiente, la disputa entre los primeros (llamados «objetivistas» por sus adversarios) y los se-

³⁸ Cf. W. Dilthey, *L'édification du monde historique dans les sciences de l'esprit*, ed. cit., y S. Mesure, *Dilthey et la fondation des sciences historiques*, PUF, 1990.

³⁹ «Como las letras de una palabra, la vida y la historia tienen un significado», escribe Beate Nouwlaertz, 1957, pág. 36. (Trad. esp.: *El problema de la conciencia histórica*, Madrid, 1993).

La polémica que, e principios de siglo, enfrenta a François Simiand, discípulo de Durkheim, y al historiador Charles Seignobos, en la que aquí no entraré, es la más clara y radical expresión del antagonismo entre los dos puntos de vista⁴⁰. Al mismo tiempo, este enfrentamiento periférico posiciones que posteriormente apenas se aproximan, como lo demuestran la persistencia de las disputas entre los sociólogos y los historiadores franceses durante todo el siglo XX.

El papel decisivo que la historia ha representado en la vida intelectual alemana en el siglo XIX es la razón de que allí aqueja a la disciplina a fines de siglo alcance una magnitud desconocida en Francia. El «positivismo naturalista» entra estrepitosamente en la disciplina, sobre todo tras los trabajos de Karl Lamprrecht⁴¹. Rechazando los principios de «la Escuela histórica» en nombre de las «leyes de la historia» que él busca en la psicología, Lamprrecht inaugura la *Mitteleuropa* que agitará el mundo universitario alemán durante veinte años. No obstante, esta ofensiva apenas tiene impacto en la investigación histórica empírica. Incluso hace que la mayoría de los historiadores alemanes se encierren en sus modelos tradicionales⁴². En la escena filosófica, Dilthey combate el «naturalismo» en nombre de la «hermenéutica», nacida también del «positivismo», aunque opone radicalmente las «ciencias de la naturaleza» y las «ciencias del espíritu»⁴³. En vez de negar el carácter científico de la historia, Wilhelm Dilthey (que fue alumno de Ranke) se apoya en la definición de la historia de Humboldt para determinar los principios fundamentales de las ciencias

³⁸ En su prólogo, Durkheim condena en nombre de la filosofía positiva todas las otras ciencias sociológicas, y considera que hay «demasiados sociólogos que dogmatizan diametralmente». Si bien afirma, como Gabriel Monod, que la ciencia «sólo puede progresar mediante un trabajo colectivo», la comunidad científica por la que él hace votos no es concebida según el modelo de la agrupación de todos los «trabajadores del mismo oficio». Sólo puede estar constituida por los investigadores que acepten adherirse a su propio proyecto intelectual.

⁴⁰ Cf. G. Noinel, «L'échec de la discussion chez François Simiand. A propos de deux conférences sur l'histoire (1903-1906)», *Journal d'étude sur François Simiand*, Université de Paris VII, 14-15 de mayo de 1992 (de próxima publicación).

⁴¹ Cf. especialmente K. Lamprrecht, *Moderne Geschichtswissenschaft*, Friburgo H. Heyfelden, 1905.

⁴² Cf. E. François, «Les historiens allemands», en A. Burguière (dir.), *Dictionnaire de l'histoire*, PUF, 1986. (Trad. esp.: *Diccionario de las ciencias históricas*, Madrid, 1991).

⁴³ Como subraya Vincent Descombes, la concepción que los partidarios de la «hermenéutica» tienen «de la ciencia natural es idéntica a la de los positivistas. Mejor dicho, la filosofía hermenéutica pide al positivismo que le diga que es una ciencia natural».

⁴⁴ V. Descombes, *La dernière mentalité*, Minuit, 1995, pág. 58.

epistemológica» de la historia que Georg Simmel publica en el cambio de siglo pueden considerarse como la culminación de este enfoque «neokantiano». Es imposible ofrecer aquí una visión de conjunto. Me limitaré a recordar algunos de sus elementos, cuya importancia se hará evidente cuando analicemos los nuevos «paradigmas» de la investigación histórica. Como Dilthey, Simmel parte del hecho de que el historiador estudia conjuntos de individuos relacionados entre sí por interacciones cuyo sentido hay que determinar. Esta es la razón por la que, frente a las ciencias naturales, los procesos psicológicos constituyen el objeto propio de la historia.⁴⁷ Aceptando también que la historia se escribe siempre en presente, Simmel considera que toda investigación supone un punto de vista particular y una subjetividad. La verdad histórica es así relativa a la perspectiva previamente elegida. Además, como el historiador nunca puede desligarse totalmente del mundo social al que pertenece, el razonamiento histórico tiene siempre un carácter «impuro», mezclando, de forma indisoluble, observaciones científicas y «prejuicios». Para poder poner en cuestión cual- quiera de estos prejuicios, el historiador tiene que aceptar necesariamente los demás como «datos», como «evidencias», pues es imposible cuestionar simultáneamente el conjunto de los materiales en los que un investigador ha de apoyarse para avanzar en su trabajo. Este «relativismo» es, para Simmel, la condición de posibilidad de alcanzar una verdadera «objetividad». Esta no es para él un hecho, sino un proceso consistente en clarificar y explicitar el conjunto de operaciones que forman parte de las prácticas de investigación. Esta clarificación inmunitiza al historiador contra la forma más perniciosa de «relativismo», aquella que se ignora a sí misma haciendo que el investigador juzgue todos los trabajos de los demás a partir de un único punto de vista, el suyo, erigido en verdad universal. Estas cautelas no le impiden a Simmel admitir que el historiador pueda formular explicaciones causales del mismo tipo que las de las ciencias naturales. Este es particularmente el caso cuando el historiador logra descubrir los encadenamientos y los «motivos» de las acciones individuales. No obstante, este tipo de explicación no puede considerarse como la única forma de ciencia histórica legítima en historia. Cuando ella no es posible (por ejemplo, cuando el historiador no se propone estudiar interacciones entre individuos a nivel particular), el investigador introduce otra forma de in-

⁴⁷ G. Simmel, *Les problèmes de la philosophie de l'histoire*, PUF, 1984, con una presentación de Raymond Boudon (1.^a ed., 1892).

grandos (los «subjetivistas») no cesará de acrecentarse. La historia es el motivo de disputa que enfrenta, por ejemplo, a los adeptos al «positivismo lógico», como Hempel, y a los adeptos a la «fenomenología hermeneutica» de Heidegger, prolongada tras la Segunda Guerra Mundial por Gadamer. En Francia —volveré sobre esto posteriormente— la disputa enfrenta principalmente a los filósofos-sociólogos heles y Durkheim y a los partidarios de la «filosofía crítica de la historia», desde Raymond Aron hasta Henri-Iréné Marrou y Paul Ricoeur.

El «neokantismo» y la lógica de las ciencias históricas

El final del siglo XIX también ve florecer perspectivas que se esfuerzan, como hiciera Humboldt algunas décadas antes, por explicitar qué hacen los historiadores cuando investigan, en lugar de indicarles el camino que deben seguir. Es el caso de Wilhelm Windelband, que reprocha a Dilthey querer imponer a los historiadores un nuevo modo de referencia que va no esta tomado de las ciencias de la naturaleza, sino de una «psicología auténtica» a la que se cree indispensable para el progreso de la historia. Ejemplo del éxito creciente de las interpretaciones «neokantianas» del conocimiento, Windelband considera que los principios de una ciencia no pueden hallarse en la realidad misma. Por eso, la única ayuda que la filosofía puede prestar a la investigación empírica es aclarar las operaciones lógicas de la ciencia. Windelband introduce así la famosa distinción entre ciencias «nomotéticas», que establecen relaciones universales (como la física), y ciencias «ideográficas», centradas en el estudio de configuraciones singulares (como la historia). Prolongando esta perspectiva, Heinrich Rickert se apoya en esta contaposición no ya para establecer una clasificación de las ciencias, sino para iluminar las posibles direcciones del trabajo científico. Según él, todas las ciencias combinan lo «singular» y lo «general». Son los fines últimos perseguidos por el científico los que explican el privilegio concedido al uno o al otro.⁴⁸ Incluso si la historia es la disciplina más orientada hacia el estudio de lo singular, en ciertos momentos puede servirse de los procedimientos generalizadores que caracterizan a las ciencias naturales. Los profundos análisis sobre «la

⁴⁸ Estos estudios no han sido traducidos al francés; cf. W. Windelband, *Geschichte und Naturwissenschaft*, Strasburg, Heinz, 1900 (1.^a ed., 1894); H. Rickert, *Science and History: a Critique of Positivist Epistemology*, Princeton, Van Nostrand, 1962 (edición alemana de 1899).

un gran número de materiales empíricos y que «verdad» puede discutirse, aunque nunca se lo hallará encarnado en un individuo concreto.⁵¹

Este es el contexto filosófico en el que emerge la sociología alemana e principios de siglo, bajo el impulso decisivo de Max Weber. Como en Francia, la sociología alemana adquiere autonomía a través de un diálogo crítico con la historia. No obstante, basta comparar el debate entre Weber y el historiador Eduard Meyer con el que en el mismo momento enfrenta a Simiand y a Seignobos, para determinar exactamente todo lo que separa estos dos universos intelectuales. Weber, habiendo llevado a su término el proceso de ruptura con la filosofía, defiende un empirismo radical, que en el fondo, aunque se exprese en términos muy diferentes, está próximo a la opinión compartida por la gran mayoría de los historiadores. Para él, la epistemología de los filósofos es de tan escasa utilidad para la investigación empírica como el conocimiento de la anatomía pueda serlo para analizar. Solamente el estudio de los procedimientos lógicos del trabajo científico puede ayudar a quien lo practica a ser más consciente de lo que hace cuando investiga. Aparte de esto, la cultura filosófica no puede servir al historiador más que para defender su ámbito de actividad contra quienes quieren desacreditarlo, lo que es moneda corriente en un mundo dominado por la competitividad.⁵² Si Max Weber se niega

⁵¹ E. Cassirer, *Logique...*, ed. cit., pág. 160. Pueden hallarse prolongaciones de estos análisis en los trabajos de epistemólogos contemporáneos. Gilles-Caston Granger con sistemas que las ciencias, entendidas en el sentido más amplio como conocimientos metodológicos de objetos, se dividen según la atracción que en ellas ejercen y el papel que en ellas desempeñan dos polos fundamentales y radicalmente opuestos. «Uno está representado por la matemática pura sin contenidos empíricos; el otro, precisamente por una historia ficticiamente pura, cuyo perfecto técnico sería restituir *ad integrum* los objetos concretos que realmente han existido. Es el polo poético del pensamiento científico, cuya atracción resulta apreciable, en diferentes grados, y distintamente según el tipo de objetos, en todas las ciencias empíricas.» No obstante, incluso si la historia es la disciplina más próxima al polo poético, las Historias realmente elaboradas «consuntuyen modelos explicativos semiabstratos»; cfr. G. G. Granger, *La verificación*, ed. Odile Jacob, 1992, págs. 181-186. Véveré posteriormente sobre el libro de Jean-Claude Passeron, *Le raisonnement sociologique. L'espace non-poppertien du raisonnement naturel*, Nathan, 1991, que también se sitúa en la perspectiva de una «clanificación» de las operaciones reales de la investigación.

⁵² Contrariamente a Raymond Aron y a sus actuales discípulos, no me parece posible considerar a Max Weber como un representante de la «filosofía crítica de la historia». Con Julien Freund, hay que ver en el más bien el principal representante «de una teoría por así decir no filosófica de la ciencia y del conocimiento» inseparable de una teoría de la acción; lo que aproxima considerablemente a Max Weber a las tesis que hoy

relegadas, basada en la interpretación. Esta no permite determinar relaciones universales, sino que conduce a la elaboración de «formas» singulares, de «cuadros» que aproximan al historiador al artista.

También las filosofías preocupadas por explicitar las múltiples modalidades de la actividad científica se enriquecerán durante todo el siglo XX. Desde este punto de vista, la monumental «filosofía de las formas simbólicas» de Ernst Cassirer constituye una contribución capital. Para Cassirer, «solo comprendemos la estructura lógica de una ciencia cuando hemos captado claramente de qué forma *subsiste lo particular en lo general*»⁵³. Esta tarea es común a todas las ciencias, pero cada una de ellas la solventa de manera diferente y «es precisamente esta diversidad lo que constituye la especificidad de los diferentes tipos de conocimiento». La ciencia histórica construye conceptos y juicios, introduce hipótesis y procedimientos de verificación de acuerdo con reglas que, desde un punto de vista lógico, no son distintas de las reglas de las ciencias naturales. No obstante, añade Cassirer, contrastamente a lo que creían tantos historiadores que, en la segunda mitad del siglo XIX, depositaron «ridículas esperanzas en la introducción de métodos estadísticos», profetizando así una nueva época para el pensamiento histórico⁵⁴, no ha sido imitando a las ciencias naturales como la historia ha innovado más. Las tentativas de Taine y de Lamprecht de construir una historia «naturalista» fueron un fracaso. La contribución *específica* de la disciplina al progreso del conocimiento radica en ese tipo de generalización que Husserl denomina «construcción eidética». Los documentos estudiados por el historiador son simboles de un mundo desparecido. Para interpretarlos, éste ha de empezar por saber leerlos familiarizándose con el contexto que los ha producido. Este esfuerzo de interpretación conduce a la integración de los hechos analizados en una forma nueva que otros historiadores, a la luz de nuevos documentos o de nuevos métodos, podrían enriquecer, modificar o discutir. Si bien este tipo de generalización científica permite describir la realidad, no la explica, en el sentido científico del término, «pues lo particular que se ordena en estos hechos no puede deducirse de ellos». El «hombre del Renacimiento» descrito por Burckhardt en un libro célebre, es un tipo social elaborado a partir de

⁴⁸ E. Cassirer, *Philosophie des formes symboliques*, t. III, *La philosophie de la connaissance*, Minuit, 1972 (1.ª ed., 1929). (Trad. esp.: *Filosofía de las formas simbólicas*, México, 1971-1972.)
⁴⁹ E. Cassirer, *Logique...*, ed. cit., pág. 157. Cursiva en el texto.
⁵⁰ Cfr. especialmente H. T. Buckle, *History of Civilization in England*, Londres, J. W. Parker, 1857.

a participar en la disputa sobre los fundamentos de la ciencia, es por que, al igual que los filósofos neokantianos, rechaza el punto de vista epistemológico «realista». Puesto que la ciencia no se basa en ningún fundamento exterior a la práctica empírica, sólo los historiadores son competentes para zanjar los problemas históricos. Siendo así, una polémica como la que en Francia enfrenta a historiadores y sociólogos no tiene razón de ser. Y ello tanto menos cuanto que, para Weber, las fronteras disciplinarias no se corresponden con demarcaciones existentes en la realidad misma, sino que son resultado de convenciones anteriores entre los investigadores. «No son las relaciones materiales entre las cosas las que constituyen la base de las delimitaciones de los ámbitos del trabajo científico, sino las relaciones conceptuales entre los problemas.» «Sólo cuando se aborda un problema nuevo con un método nuevo y cuando de este modo se descubren verdades que abren nuevos horizontes importantes, sólo entonces nace también una «ciencia» nueva»⁵³. Esta es la razón por la que Weber rechaza la definición «realista» de la «sociedad» adoptada por los durkheimianos para justificar sus pretensiones hegemónicas. Considera que el término «social» no nos procura, cuando «se toma en su sentido genérico [...]», ninguna clase de *punto de vista* específico que hiciese posible *etichar* el significado de elementos determinados de la civilización» (curiosa en el texto). La historicidad del mundo y la ininidad de significados que los hombres son capaces de dar a sus actos es la razón por la que las ciencias de la cultura no pueden esperar establecer leyes universales. La generalidad de la validez de sus observaciones está siempre limitada por el contexto. Por eso, en estas disciplinas, cuanta mayor extensión tiene un concepto general (clasificación), tanto más nos aleja de la realidad, pues para abarcar lo que es común al mayor número de fenómenos ha de abstraer lo más posible, lo cual empobrece su contenido. De ahí la importancia decisiva que Weber atribuye a los conceptos genéticos (tipos ideales). Estas construcciones «artificiales», que la mayoría de las veces no existen en la realidad (dado que se obtienen acen tuando los rasgos característicos del fenómeno observado

exponen los «pragmatistas». Cfr. M. Weber, *Essais sur la théorie de la science*, Presses Pocket, 1992 (se trata de una selección de artículos aparecidos a comienzos de siglo), y el prólogo de J. Freund, especialmente págs. 114-115. Cfr. también al respecto C. Collot y Thélème, *Le désenchantement de l'Etat...*, ed. cit.

⁵³ M. Weber, «L'objectivité de la connaissance dans les sciences et la politique sociales», en M. Weber, *Essais...*, ed. cit., págs. 142-143 (1.ª ed., 1904). (Trad. esp. en M. Weber, *Sobre la metodología de las ciencias sociales*, Barcelona, 1971).

do), permiten especificar lo que constituye la particularidad del hecho considerado. A las disciplinas que tienen como objeto de estudio los individuos y los significados de sus actos les es indispensable la elaboración de conceptos genéticos, debido a que las situaciones sociales sólo pueden comprenderse verdaderamente especificando lo más posible. Estas reflexiones sobre la lógica de las ciencias conducen a Weber a defender un comparacionismo que completa la metodología estadística desarrollada por los durkheimianos. La comparación de diferentes configuraciones singulares permite constatar la presencia o la ausencia de rasgos comunes y de este modo valorar la frecuencia de determinada relación. Gracias a este método comparativo, la sociología es capaz de ofrecer formas de generalización que la distinguen de la historia, lo que basta para justificar su existencia y su importancia para el progreso del conocimiento.

LA «APOLOGÍA DE LA HISTORIA» O LA MADUREZ DE UN «PARADIGMA»

La célebre obra escrita por Marc Bloch durante la Resistencia, poco tiempo antes de que fuera ejecutado por los nazis, representa la culminación del «paradigma» constitutivo de la ciencia normal de la historia y no, como se ha escrito tan a menudo, el punto de partida de una «nueva historia»⁵⁴. En esta obra, Marc Bloch se entiende a sí mismo explícitamente como continuador de la disciplina tal y como ésta ha sido definida por la generación anterior. Hay que tomar en serio su advertencia de la primera página, en la que previene inmediatamente al lector de que, pese a ciertos desacuerdos, sigue los pasos de Langlois y Seignobos (pág. 69). El subtítulo del libro indica claramente que también el considera la historia como una práctica profesional basada en la división del trabajo y en la especialización. El centro de la obra (los capítulos dedicados a la observación, la crítica y el análisis histórico) presenta el «método histórico», pues es éste el que, según Marc Bloch, concentra todo el *savoir-faire* característico del «oficio de historiador». La historia es una ciencia porque se ha convertido en un saber que requiere un aprendizaje, supone unos conocimientos especializados y la cooperación de todos los que la practican⁵⁵. La verdadera

⁵⁴ M. Bloch, *Apologie...*, ed. cit. La obra presenta las grandes líneas de la concepción de la historia desarrollada en el período de entreguerras tanto por Marc Bloch como por Lucien Febvre.

⁵⁵ «El aprendizaje [de estos conocimientos especializados y prácticamente constante] es lento; su plena posesión requiere una práctica aún más prolongada y prácticamente constante» (pág. 111).

originalidad de este libro radica en que en él, Marc Bloch, se apoya en los recientes progresos de «la epistemología de la historia» y de la filosofía de la ciencia (insesparables de las radicales transformaciones que la física ha conocido con la teoría de la relatividad) para rechazar las distintas variantes del «positivismo» que dominaban la escena intelectual francesa en el cambio de siglo⁵⁶. Considerando que ya no es posible postular un modelo general de ciencia, no solo rechaza el «nativismo naturalista» de los durkheimianos, sino también la pusillanimitad de los historiadores «metodocistas», quienes, con Seignobos, habían acabado por asumir la clasificación comitana de las formas de conocimiento, afirmando que la historia no era una ciencia, sino un simple «proceder cognoscitivo». Marc Bloch considera, por el contrario, que las ciencias humanas no tienen «necesidad de renunciar a su originalidad, ni avergonzarse de ella» (pág. 78), pues cada ciencia no es sino «un fragmento del movimiento universal hacia el conocimiento» y posee una «estética del lenguaje que le es propia». Cada disciplina es una «perspectiva que otras perspectivas habrán de completar» y «el pequeño comitense cuando cada óptica pretende verlo todo por sí solo; cuando cada región del saber se torna a sí misma por la patria» (pág. 163). Afirmando que la época de las disputas sobre la legitimidad de las ciencias pertenece al pasado, Marc Bloch hace posible al mismo tiempo la apertura de la historia al mundo exterior. La generación anterior, completamente inmersa en el proceso de profesionalización y autonomía ardua descrito, era tanto más proclive a encerrarse en su «torre de marfil» cuanto menos segura aún de su existencia científica. Considerando que este período fundacional ha terminado, Marc Bloch exhorta a los historiadores a asumir plena mente tanto la identidad de su disciplina como sus límites. «Las investigaciones históricas no padecen de autarquía» (pág. 97). En nombre de este principio, del que el conjunto de su obra empírica es una excelente ilustración, defiende una «interdisciplinaria» entendida como una cooperación entre especialistas de distintas disciplinas y no como un esfuerzo en favor de la unificación de las ciencias humanas.

Este nuevo perspectiva resulta evidente en la forma en que él combate las relaciones entre la filosofía y la historia. Por una parte, como hemos visto, rechaza, aún más radicalmente que los «metodocistas», todos los análisis que pretenden decir a los historiadores en qué medida consisten una «verdadera» ciencia de la historia. Pero por otra, admite que la división del trabajo intelectual y la especialización disciplinaria impiden que un historiador hablé figurosamente acerca de la historia, pues «a su modo, el estudio de los métodos por sí mismos constituye una especialidad cuyos técnicos se llaman filósofos». Y añade: «Sin duda, esta laguna en mi formación hará que el presente ensayo pierda mucho en precisión lingüística así como en amplitud de miras» (pág. 78). Esta lucidez, sin embargo, no hace que Marc Bloch renuncie a su proyecto, sino que le lleva a tomar de los trabajos de los filósofos argumentos que le permiten entriquecer su concepción de la historia. El mejor ejemplo que puede darse de esta actitud se refiere a la cuestión del «empirismo» objetado a los historiadores tanto por Simmel en Alemania como por los durkheimianos en Francia. Temiendo asistir al restablecimiento de la influencia de la filosofía sobre la disciplina, la generación «metodocista» se negaba entéricamente, como hemos visto, a someter la investigación de los hechos a una problemática ya claramente elaborada, lo que conllevaba someter la historia a las «evidencias» del sentido común. Marc Bloch condensa esta actitud asumiendo los argumentos que Simmel había esgrimido contra Seignobos: «Toda investigación histórica supone, desde sus primeros pasos, que la búsqueda tiene ya una dirección» (pág. 109). Las disciplinas vecinas, como la filosofía o la sociología, pueden ayudar al historiador a elaborar sus problemas. Dando ejemplo, Marc Bloch integra en su obra las reflexiones hermeneúicas de inspiración diltheyana. Si concede un lugar esencial al problema de la «comprensión», es porque al mismo tiempo considera que «los hechos históricos son esencialmente hechos psicológicos» y porque la historia se escribe siempre en presente. Llegar incluso a afirmar que la especificidad y las dificultades del «ontológico» de historiador se deben a la dialéctica de las relaciones entre pasado/presente. Del mismo modo, en sus reflexiones sobre el método histórico integra las aportaciones de la sociología durkheimiana referente al comparacionismo y al análisis estadístico.

El énfasis puesto en la elaboración de una problemática rectora de la investigación empírica construye, como se ha subrayado frecuentemente, la principal aportación de los fundadores de *Annales* al proyecto de la investigación histórica. Sin embargo, la importancia de esta contribución no puede entenderse completamente si se olvida, como

ocurre generalmente, otra dimensión esencial de su concepción de la historia. No es casual que Marc Bloch defienda una «historia-problema» mientras que filósofos y sociólogos se preocupan de la «construcción del objeto». En ningún momento exige a los historiadores que adopten los principios y el lenguaje técnicos elaborados por estas disciplinas. La historia-problema que el defenide se basa en un enorme trabajo de «traducción» de estas aportaciones externas, de modo que puedan resultar comprensibles y útiles, si no al conjunto de los historiadores, si al menos a una parte significativa de ellos. La importancia que Marc Bloch atribuye a este punto es la consecuencia lógica de su rechazo del «positivismo». Si no existe ningún criterio universal que permita evaluar la actividad científica, corresponde a cada disciplina elaborar sus propias reglas de verdad. Como los «metodólogos» de cooperación le lleva a abogar por la continuidad del vocabulario histórico de una generación a otra: «es necesario que el historiador renuncie a alterar desconsideradamente el sentido de los términos transmitidos [...] que se prohíba a sí mismo rechazar caprichosamente aquellos que ya han demostrado su valor; que al utilizar cuidadosas definiciones, lo haga guiado por la preocupación de que su vocabulario resulte útil para todos» (pág. 178). No obstante, hay que reconocer que la reflexión de Marc Bloch sobre esta cuestión contiene importantes contradicciones⁵⁹. Puede observarse, por ejemplo, que aun desafiando el establecimiento de un lenguaje común al conjunto de los historiadores, Marc Bloch considera como un hecho irreversible la segmentación de la disciplina en tendencias inconciliables y rechaza la perspectiva consensual cara a los «metodólogos». Por eso entiende el «análisis» y la «síntesis» como dos aspectos de la tarea que incumbe a *cada* historia-dor, y ya no como una cooperación entre todos los miembros de una misma comunidad. Asimismo, si exhorta a sus colegas a seguir el ejemplo de los químicos dotándose de su propio sistema de signos, Marc Bloch afirma al mismo tiempo que el historiador ha de poder ser comprendido por el «gran público». Es este ideal de comunicación universal lo que le ha llevado a escribir: «No imagino más hermoso elogio, para un escritor, que el que sepa hablar, con el mismo tono, para doctos y para escolares» (pág. 69). Pero ¿cómo puede conciliarse

⁵⁷ En su prólogo, Jacques Le Goff destaca el lugar fundamental que la reflexión sobre la «comunicación» ocupa en la *Apologeta*..., ed. cit., pág. 26.
⁵⁸ Marc Bloch precisa: «Por más rígorosos que se los crea, los lenguajes de los historiadores, alineados uno tras otro, nunca constituirán el lenguaje de la historia» (pág.

plenamente científica, la historia ha de lograr construir, como la química, su propio sistema de signos. «Sin duda llegará un día en que una serie de acuerdos permitirán precisar su nomenclatura y aharrarla después, etapa tras etapa. Incluso entonces la iniciativa del investigador conservará "sus" derechos; ahondando en el análisis, éste reorganiza necesariamente el lenguaje. Lo esencial es que el espíritu de equipo esté vivo entre nosotros» (pág. 178). Considerando que ha de alentar-se todo cuanto pueda favorecer la constitución de este lenguaje colectivo, Marc Bloch, siguiendo los pasos de Gabriel Monod, hace de la «comprensión» una regla esencial de la comunicación entre investigadores, esforzándose siempre en poner de relieve el lazo que lo une a los mismos a quienes critica y su deuda para con ellos. Idéntica preocupación le lleva a abogar por la continuidad del vocabulario histórico de una generación a otra: «es necesario que el historiador renuncie a alterar desconsideradamente el sentido de los términos transmitidos [...] que se prohíba a sí mismo rechazar caprichosamente aquellos que ya han demostrado su valor; que al utilizar cuidadosas definiciones, lo haga guiado por la preocupación de que su vocabulario resulte útil para todos» (pág. 178). No obstante, hay que reconocer que la reflexión de Marc Bloch sobre esta cuestión contiene importantes contradicciones⁵⁹. Puede observarse, por ejemplo, que aun desafiando el establecimiento de un lenguaje común al conjunto de los historiadores, Marc Bloch considera como un hecho irreversible la segmentación de la disciplina en tendencias inconciliables y rechaza la perspectiva consensual cara a los «metodólogos». Por eso entiende el «análisis» y la «síntesis» como dos aspectos de la tarea que incumbe a *cada* historia-dor, y ya no como una cooperación entre todos los miembros de una misma comunidad. Asimismo, si exhorta a sus colegas a seguir el ejemplo de los químicos dotándose de su propio sistema de signos, Marc Bloch afirma al mismo tiempo que el historiador ha de poder ser comprendido por el «gran público». Es este ideal de comunicación universal lo que le ha llevado a escribir: «No imagino más hermoso elogio, para un escritor, que el que sepa hablar, con el mismo tono, para doctos y para escolares» (pág. 69). Pero ¿cómo puede conciliarse

na 178). La importancia que Marc Bloch confiere a la cuestión del vocabulario de las ciencias humanas tiene que entenderse en relación con los trabajos que se emprendieron en esta dirección en el Centro de Síntesis durante el período de entreguerras y en los que el colaboró.
⁵⁹ Las principales razones que explican estas contradicciones se discuten en el capítulo 5.

puede servir a la vez a su patria y al género humano, como ella una doble confusión entre «historia» y «memoria», por una parte, y entre «memoria nacional» y «memoria social», por otra. Negaba así el principio de autonomía científica, por lo demás tan vehementemente proclamado. Extrañando todas las consecuencias de este principio, Marc Bloch distingue entre la comunidad de los científicos, la comunidad de los ciudadanos y la comunidad de los hombres. Aunque, como es sabido, fue un gran patriota que no dudó en envolver su vida para defender a su país, en la *Apología* Marc Bloch no afirma ni una sola vez que el historiador haya de estar al servicio de su patria, pues él distingue radicalmente entre los problemas que preocupan al ciudadano y los que preocupan al científico⁶¹. En tanto que investigadores, los historiadores no están al servicio de ninguna causa particular. Conservan sus reglas de cientificidad, sus problemáticas y sus objetos de investigación de manera autónoma. En este sentido, hablan un lenguaje propio. No obstante, no pueden ignorar la función social de su oficio, pues las ciencias sociales, como las ciencias de la naturaleza, sólo alcanzan plenamente su objetivo si aspiran a contribuir al progreso de la humanidad. Las ciencias físicas lo logran porque los lenguajes especializados que elaboran desembocan en conocimientos, convertidos en «productos» (en «objetos») que, potencialmente, se ponen a disposición de todos los hombres. En el caso de las ciencias humanas, es el mismo lenguaje el que constituye la mediación entre el mundo científico y el mundo profano. Por eso el historiador que se preocupa de la función social de su disciplina ha de hablar, a la vez, para los especialistas y para el gran público. Pero dirigiéndose al mismo tiempo a dos categorías de lectores muy diferentes, el historiador se expone a no ser comprendido. Como lamenta Marc Bloch: «entre la investigación histórica tal como se practica o aspira a practicarse y el público lector, subsiste, indiscutiblemente, un malentendido» (pág. 124). Este sólo puede eliminarse distinguiendo claramente las competencias propias de cada una de las dos comunidades de lectores a las que se dirige el historiador: la comunidad de saber (los «historiadores de oficio») y la comunidad de memoria (el «gran público»). La dificultad estriba en que ambos universos están estrechamente imbricados. Marc Bloch insiste en que el ejercicio del oficio de historiador exige un constante

⁶¹ De esta voluntad de distinguir perfectamente los papeles es ejemplo la redacción, a partir de 1940, de otra obra en la que Marc Bloch presenta, en tanto que ciudadano, un testimonio político — que es también una denuncia — sobre las causas de la derrota de la nación francesa, cfr. M. Bloch, *L'Étrange défilé*, Gallimard, 1990 (1.ª ed., 1946).

este ideal con la necesidad de elaborar un lenguaje reservado a los especialistas; Marc Bloch no aborda esta cuestión. No obstante, implícitamente, ofrece elementos que permiten responderla, al distinguir diferentes niveles de comunicación adaptados a los diferentes círculos de interlocutores a los que se dirige. En realidad, cuando habla de «lenguaje corriente», Marc Bloch se refiere al conjunto de competencias compartidas por los individuos que pertenecen a una misma comunidad. Desde esta perspectiva, el «método histórico» delimita los contornos de un primer círculo que incluye a todos los que ejercen el mismo oficio y que por eso pueden discutir entre sí problemas que conciernen al conjunto de la profesión. Pero en el interior de este círculo, existen o pueden constituirse otros círculos, basados en conocimientos técnicos más especializados. Este tipo de subconjuntos es el que tiene en mente Marc Bloch cuando hace votos por la introducción de programas de investigación que requieran la elaboración de un vocabulario común y reúnan a especialistas de diferentes ámbitos a nivel nacional e internacional. Aunque Marc Bloch no se refiere explícitamente a esta diferenciación de niveles de competencias, puede comprobarse que se sirve de ella en sus propias reflexiones. Por ejemplo, el principio de «comprensión» sólo constituye una norma de comunicación para los individuos que, a su juicio, pertenecen al mismo mundo que él (como Durkheim, Simiand o Seignobos). Pero no se aplica a los historiadores «amateurs», como Bainville, cuya ideología reaccionaria denuncia Marc Bloch. En cuanto a los historiadores profesionales que profesan una concepción de la disciplina inconciliable con la suya, Marc Bloch considera que no tiene nada que decirles. Por eso su libro ni siquiera los nombra⁶². El problema de la diferenciación de niveles de recepción del discurso histórico está asimismo en el centro de la distinción que Marc Bloch establece, desgraciadamente sin insistir en ella, entre «historia» (en tanto que saber científico) y «memoria». Aunque la preocupación de demostrar la legitimidad de la historia recorre toda la *Apología*, Marc Bloch no se hace eco de los argumentos aportados en este sentido por la generación anterior. Cuando Gabriel Monod afirmaba que investigando la verdad el historiador

⁶² Ni una sola palabra, por ejemplo, sobre su eterno rival, Louis Halpén, medievista como él y cuyas reflexiones sobre la historia son el mejor ejemplo de «la historia rechazada» por *Annales*; cfr. especialmente L. Halpén, *Introduction à l'histoire*, *Annales E.S.C.*, 1947, reproducido en L. Febvre, *Combats pour l'histoire*, A. Colin, 1953, págs. 114-118. (Trad. esp.: *Combates por la historia*, Barcelona, 1975.)

vienen entre el mundo social, del que forma parte el científico y el que ha de rendir cuentas, y la comunidad profesional de la que depende. Los temas de investigación en los que trabaja no carecen de relación con las curiosidades o las preocupaciones dominantes en la sociedad de su época. Pero estas sólo se convierten en verdaderos problemas «históricos» si el historiador es capaz de transformarlas en objetos de investigación adaptados a las exigencias científicas de su comunidad. Pero en segundo lugar, el historiador ha de restituir a la sociedad los conocimientos que él ha elaborado gracias a ese trabajo de distanciamiento, con el fin de ayudar a los hombres «a vivir mejor», guiándolos en su acción⁶². Gracias a este doble movimiento, la historia puede conservar su autonomía y a la vez asumir su función social. En la práctica, este proceso corresponde a las dos funciones profesionales que la mayoría de las veces ha de asumir el historiador: la investigación y a docencia. En sus actividades científicas propiamente dichas, el historiador se dirige al público de especialistas del ámbito correspondiente. Solamente esta comunidad de saber está en condiciones de validar o de rechazar los conocimientos que él aporta. Estos pueden difundirse inmediatamente, gracias a la docencia, entre el público no especializado. No obstante, en la *Apoloía* la relación entre el historiador y su público no se entiende como una relación entre maestro y alumno. Al contrario, Marc Bloch hace del público el juez supremo ante el que él defiende la causa de la historia, con el fin de que sea el público quien pueda «decidir, inmediatamente, si este oficio merece ejercerse» (pág. 74). La dificultad estriba en que las competencias que el público no especializado puede poner en juego para ejercer sus facultades de juicio son extremadamente heterogéneas. Cada individuo aprecia el trabajo del historiador con los recursos que le ofrece la memoria colectiva de los grupos a los que pertenece (clase social, familia, región, nación, comunidad étnica, género). Ahora bien, estas memorias son, por definición, subjetivas, fragmentarias y parciales, orientadas a encorniar o a denunciar una causa y no al conocimiento crítico del pasado. Para Marc Bloch, el historiador digno de este nombre no puede respaldar estas memorias particulares. De hecho, difundiendo los resultados de sus investigaciones más allá de los círculos especializados, se esfuerza por enriquecer la memoria colectiva del único grupo al que acepta servir: *la humanidad entera*. Como Wilhelm von Humboldt,

⁶² «La ignorancia del pasado no sólo perjudica la comprensión del presente; en el presente, esta ignorancia compromete a la acción misma» (pág. 93).

Marc Bloch considera que si los historiadores de hoy pueden comprender a los hombres del pasado, aun cuando no pertenezcan a su mismo mundo, es porque comparten con ellos características que definen a la humanidad en su universalidad. Estas mismas cualidades constituyen también el lazo que no sólo hace posible, sino necesaria, la comunicación entre el historiador y el «gran público». «Siendo los hombres nuestro objeto de estudio, si los hombres no alcanzan a comprendernos, ¿cómo no íbamos a tener el sentimiento de no cumplir más que a medias nuestra misión?» (pág. 124). Marc Bloch insiste no obstante en que esta comprensión solamente puede ser efectiva si los historiadores profesionales ponen a disposición de los lectores no especializados puntos de referencia críticos con los cuales éstos pueden juzgar con conocimiento de causa los trabajos que se les presentan, sin dejarse engañar por el ropel de la pequeña historia. Es multiplicando las indicaciones referidas a las fuentes que él ha utilizado y las explicaciones sobre la forma en que ha procedido para llegar a sus resultados, como el historiador puede ayudar al lector a aguzar su espíritu crítico.

